

DISCURSO

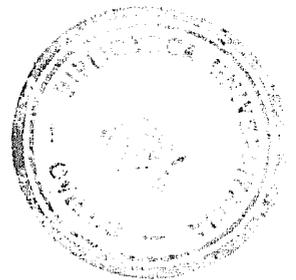
LEÍDO EN LA UNIVERSIDAD
DE OVIEDO, CON MOTIVO
DE LA SOLEMNE APERTURA
DEL CURSO DE 1929 A 1930

POR EL

CATEDRÁTICO NUMERARIO DE LA FACULTAD
DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DR. D. MIGUEL LASSO DE LA VEGA
Y LÓPEZ DE TEJADA

MARQUÉS DEL SALTILLO



MADRID

TIPOGRAFÍA DE ALBERTO FONTANA

Calle de San Bernardo, 7

1929

R. 39.050

099245
548660
4815

LA EMBAJADA EN ALEMANIA
DEL CONDE DE OÑATE Y LA ELECCIÓN
DE FERNANDO II REY DE ROMANOS
(1616 - 1620)

ILUSTRÍSIMO SEÑOR; SEÑORES:

Inaugura esta vieja Escuela un nuevo curso, aumentado a su tradición gloriosa y secular, fué el pasado memorable por las circunstancias que todos hondamente lamentamos al quedar suspendida la vida universitaria, restablecida a poco, para bien de la cultura nacional, fin perseguido en todo tiempo por la Universidad ovetense. Son, pues, mis primeras palabras de profunda satisfacción para hacerlo constar, permitiéndome asegurar que, si la vida del organismo oficial pudo ser detenida, aquella otra vida, verdadera encarnación del espíritu universitario, que es trabajo íntimo y continuo, tanto más estimable, cuanto es menos externo, no ha cesado un momento, continuándose la labor fecunda de las generaciones pasadas que nos legaron el deber de su continuación, por imperiosa exigencia de su prestigio.

Sólo siento, al evocar con emoción ese legado del pasado, la desproporción que se establece entre lo evocado y el sugeridor; pero el desempeño de un deber, al honrarme la Facultad de Filosofía y Letras para llevar su voz en este acto, legítima mi actuación y aleja toda posible idea de osadía. Respondiendo a ese cometido, y como es la Historia de España la materia objeto de mi enseñanza, he de recurrir a su vasto campo a fin de ofreceros un episodio tan sólo, de uno de los períodos más interesantes de aquélla: La Embajada del Conde de Oñate en Alemania y la elección de Fernando II Rey de Romanos. Comprendió aquélla el período de 1616 a 1624, pero vuestra benevolencia, atributo del saber, y las exigencias de tiempo y lugar, no permiten su completo estudio, contrayéndome a lo enunciado en el tema, que resultará más definido al tomar como término la muerte del Emperador Matías.

Antes de entrar en ello, he de dar la bienvenida a la Facultad de Ciencias y al nuevo compañero el Dr. D. Carlos del Fresno y Pérez del Villar, que, de alumno brillante de la misma, Profesor Auxiliar laborioso, ha sido incorporado definitivamente a ella, obteniendo en lucida oposición la Cátedra de Química Inorgánica, en la cual tendrá su asiduidad y amor al es-

tudio el adecuado ejercicio para honor de la Facultad, que supo de antemano descubrir esas dotes.

El reinado de Felipe III es, en el período de nuestra decadencia, como iniciación de la misma, brillante y esplendoroso. Perduran aún las grandezas del reinado anterior, cuyo postrer acto diplomático, el Tratado de Vervins, señala el término de nuestra preponderancia. La muerte de Enrique IV, *si grand en toutes sortes de grandeur*, como lo calificó San Francisco de Sales, inicia el momentáneo eclipse de la política francesa, que coincide perfectamente con el final de la vida del Monarca español, a quien recurre el Imperio como moderador de la Casa de Austria, defensor de la Religión católica y celoso promotor de sus intereses. Las Provincias Unidas dejan un respiro a la constante atención que suponían en la vida nacional, con la tregua de 1609; los Estados de Italia eran regidos por Grandes que se llamaban Osuna y Villafranca, y enviados como Bedmar, capaces de hacer respetar el nombre español por nuestros rivales los venecianos, fomentadores del espíritu antiespañol; los opulentos dominios de América, sujetos con mano blanda al Gobierno de la metrópoli, nos devolvían sus riquezas, compensando nuestras preocupaciones por su gobierno; el Imperio español, que en su inmensidad llevaba el germen de su pronta ruina, formaba el marco adecuado de una Corte devota y severa, cuyas inquietudes tan sólo trascendían a las obras geniales de sus místicos y literatos, aunque su aparato lo corroía la carencia de medios, genuino atributo de nuestras empresas. Pero el esplendor perdura, como decimos, porque aún la infantería española era invencible, teníamos Generales que se llamaban Fuentes, Feria y Spínola, y en nuestro papel de obligados defensores de la idea católica, realizamos hechos de armas impercederos y logramos la realización del ideal de los estrategas de entonces, asegurando la comunicación entre las posesiones de Italia y las del Norte, al ocupar la Valtelina, precisamente en el cometido de aquel desempeño.

Las figuras históricas de importancia abundan, y como la democracia no había aún anulado a los Grandes, con mengua de su reputación, ya que tuvo necesidad de imitarlos al pretender sustituirlos, ponían aquéllos al servicio del ideal nacional todas sus actividades bien dispuestas, sus dotes no escasas y su patriotismo desinteresado. Era frecuente entonces ver la demostración de ello en declaraciones tan honrosas como la del primer Marqués de Valparaíso, cuando consignaba en su testamento: «Declaro que ha más de sesenta años que sirvo a Su Majestad, habiendo pasado por todos los puestos de la milicia, habiendo sido cinco veces Virrey y Capitán General, y recibido treinta y nueve heridas en varias ocasiones, y últimamente en los puestos de Consejero de Estado y Guerra, habiendo sido dos veces cautivo y pasado inmensos trabajos, procurando siempre el acierto en el mayor servicio de Su Majestad. Y por la cortedad de hacienda con

que me hallo no puedo dejar a la Marquesa, mi querida mujer, con las conveniencias que quisiera y merece.»

A ese grupo de figuras históricas, destacadas en el servicio de la Patria, perteneció D. Iñigo Vélez de Guevara y Tasis, IV Señor de Salinillas y V Conde de Oñate por su matrimonio. Nació en el lugar de su señorío, que pertenecía a los segundos de la Casa de Oñate, así como el patronato del Monasterio de Arcaute, el 30 de noviembre de 1572 (1). Heredó su Casa a los doce años, y para disfrutar la encomienda de Mirabel que su padre tuvo, vistió el hábito de Santiago, del que se le despachó título en San Lorenzo el 19 de julio de 1589. A los quince comenzó a servir en el Ejército, a las órdenes del Duque de Parma, con quien se halló en el sitio de Berges, donde fué hecho prisionero. La Casa de Oñate, representada por Doña Catalina de Guevara y Orbea, heredera del IV poseedor de aquel título, continuó la generación de los legendarios Guevaras, enlazándose con su tío el jefe de la línea segunda, mucho tiempo preferida a la primogénita, según el testamento tercero del I Conde en 1499, que eligió a su hijo segundo, el invicto defensor de Logroño en 1521, D. Pedro Vélez de Guevara, con preterición de su nieto del mismo nombre. Fué capitán de una de las compañías de hombres de armas de las Guardas de Castilla a la muerte del Conde su suegro. Felipe III lo empleó en la Embajada de Saboya cerca del Duque su cuñado, y en Turín murió la Condesa al dar a luz a Don Beltrán, el décimo de sus hijos. Recompensa a sus servicios fué la Encomienda de los Bastimentos del Campo de Montiel en 1610, y algunos años más tarde, la designación para la Embajada que nos ocupa. Su desempeño respondió a la confianza en las dotes de prudencia y tacto que le eran peculiares, tratándose de reemplazar a un tan avisado diplomático, que gozaba la mayor reputación en Alemania, como D. Baltasar de Zúñiga.

Nuevamente ocupado en misión diplomática, como Embajador en Roma, de 1626 a 1629, siendo Pontífice Urbano VIII. Este año fué nombrado Presidente del Consejo de las Órdenes, y a poco Consejero de Estado; acompañó al Cardenal Infante D. Fernando, el año 1632, en su viaje a Flandes, y al año siguiente, Embajador extraordinario en Alemania, cargo que volvió a desempeñar tres años después para la elección de Fernando III. Nueva encomienda, la de Paracuellos, compensó en 1633 los dispendios diplomáticos, y su generosa actitud renunciando el Estado de Plombin que le concedió Fernando II, así como tres gruesos diamantes que se cuidó de vincular en su Casa para perpetua memoria de la gratitud, no siempre observada por los reyes. También logró de Felipe III el reconocimiento de la dignidad de Grande en su Casa, que abonaron sus merecimientos al antiguo disfrute de los Guevaras. Por espacio de cincuenta y

(1) V. Apéndice.

siete años se empleó en servir a la Monarquía, y, lleno de méritos, tuvieron aquéllos fin el 31 de octubre de 1644, a los setenta y uno de su edad. «Fué, finalmente—dice Salazar—, uno de los héroes más recomendables de la nación, y en quien las antiguas glorias de la Casa de Oñate, adormecidas por el largo retiro de sus dos últimos poseedores, volvieron a su justo esplendor y grandeza.»

Veremos cómo Oñate mereció tan cumplido elogio en el difícil cometido de su embajada al Imperio, donde, como representante de Felipe III, actuó de confidente de unos, consejero de muchos, portavoz del ideal, a cuya recluta tendió constantemente del modo que la flaca naturaleza, poco dispuesta al sacrificio, consiente, y por su mano pasaron pensiones y recompensas, cuanto la Humanidad cifra en algo para el logro de sus pasiones, móviles perecederos de la realización de sus ideales.

El Conde de Oñate estaba en Zaragoza el 16 de julio de 1616, adonde marchó con toda diligencia, «así en el camino, no obstante el rigor del tiempo, como en muchas cosas que hube menester disponer en mi casa». Por Igualada se dirigió a Barcelona, donde llegó el 3 de septiembre. Era Virrey de Cataluña el Duque de Alburquerque, D. Francisco Fernández de la Cueva y de la Cueva (1575-1637), a quien el Secretario Aróztegui ordenó pidiese las dos galeras del Principado para que en ellas pasase Oñate a Italia, pero la actitud de los diputados fué opuesta al mandato. «Súpelo y antes que le diesen la respuesta bolví a embiar al Duque avisándoselo, y juntamente que me habían informado si les apretaba de veras no osarían rehusarlo, y que sería servicio de V. M. el hacerlo por la importancia de los negocios que llevo a cargo; respondiómeme que la orden de V. M. era de la misma forma que las demás que le han venido y que los diputados nunca habían dado ni darían las galeras sin que se las asegurasen de personas abonadas, y que él no lo haría, lo uno por no tener orden, y lo otro, pareciéndole mucha desautoridad hiciese V. M. esto con sus vasallos, y que así me resolviese yo en si las quería asegurar, porque si lo hacía, trataría dello, y si no, no había que esperar.» Aunque «las galeras están en estado que no abentura poco quien se embarcare en ellas», se comprometió el Embajador a asegurarlas, pero no consiguió tenerlas para el momento oportuno. Prolongóse su permanencia en la Ciudad Condal, pues se le ordenó partiera con la infantería que se estaba levantando en el Principado, y ya el 5 de noviembre decía el Conde: «Los muchos días que yo he estado aquí podrían causar daño en los negocios de mi comisión; me a parecido poner en consideración a V. M. que para pasar yo a Italia puede haber tres caminos: el mandar V. M. otra vez a los diputados de este Principado me den estas galeras, que estando prevenidas como lo están, sabiendo efectivamente es gusto y servicio de V. M. y asegurándoselas, tengo por sin duda las darán; el ir por tierra hasta Antino si francia está para ello y habiendo pasapor-

tes de aquellos Reyes, o el ir hasta allí en falucas y mandar V. M. a las galeras de monaco me lleven hasta Genova.» Por fin, se determinó a partir por vía de tierra, en compañía de dos hijos del Conde de Benavente y del Marqués de Montenegro. Llegó a Canas (Cannes) el 2 de diciembre, después de un viaje accidentado «porque el ruyn camino obligo a desarmar tres vezes mi litera», y un encuentro que el Marqués de Montenegro y Juan Andrea Pescara, su camarada, tuvieron en un paso estrecho del camino con unos salteadores, pues adelantándose a la comitiva del Embajador, fueron sorprendidos, recibiendo el Marqués un pistoletazo, y pudiendo sacar la espada para repeler la agresión, ayudándole Juan Andrea, que no pudo poner mano a la espada, y con los gritos que uno de los pajes dió a otro criado que venía detrás, pudieron socorrerlo, hallando muerto a Pescara, el paje en el suelo, pidiendo confesión, y el Marqués con dos cuchilladas en la cabeza, una estocada en la frente y otra herida en la mano izquierda. Por confidencias de los criados, se supo fueron los acometedores Jabeaut de Tolón y Federico de Niza, los cuales estaban al servicio del Duque de Saboya. Por fin, el 8 de diciembre llegaba a Génova, dirigiéndose a Valencia del Po para tratar con el Marqués de Villafranca, quien opinó respecto a la ida de Oñate a Venecia, para procurar la paz de los venecianos con el Archiduque Fernando, «será gran ruido en Italia, y si no se efectúa la paz enflaquezará la reputación y causará efectos contrarios a lo que se pretende», y despacharon correos al Marqués de Bedmar, Embajador en Venecia, y a D. Baltasar de Zúñiga, para adoptar una resolución adecuada y la más conveniente al servicio de S. M. Fueron de parecer estos ministros no era prudente el viaje a Venecia, y así, siguió por Milán a Praga, enviando a su hijo a Gratz para complimentar al Archiduque Fernando, para no causar allí celos. En efecto, el 1.º de febrero de 1617 llegó a Praga, saliendo a recibirle D. Baltasar de Zúñiga, con gran cantidad de señores y caballeros; luego, el Emperador le envió a su Mayordomo mayor, y seguidamente le concedió audiencia (1).

El Emperador Matías había sucedido a su hermano Rodolfo II en la Dieta de Francfort el 13 de junio de 1612; la sublevación contra aquél, en la que pareció había consumido todas sus energías, le alienó la simpatía de los Electores; sin embargo, gracias al decidido apoyo del Embajador español, fué designado para ocupar el trono imperial. Era el Emperador un viejo simpático, partidario de la tranquilidad, poco inclinado a los gustos guerreros y ávido de la buena mesa y las bellas artes, conocido por su protección decidida a los artistas y por sus valiosas colecciones. Compartía sus gustos sedentarios y sus aficiones artísticas la Emperatriz Ana, nacida

(1) B. N. Ms. 18.435. Contiene la minuta de las cartas del Conde de Oñate durante su Embajada en Alemania en los años 1625-1628. A él hemos de referirnos constantemente.



Archiduquesa del Tirol, y, por tanto, prima suya, con quien casó a los cincuenta y cuatro años, contando ella veintiséis. Un bello grabado de Isselburg ha legado a la posteridad los rasgos fisonómicos de la pareja imperial, donde se advierte la identidad de sentimientos al borrar la diferencia cronológica que los separaba. No tenía sucesión el Emperador, ni ninguno de sus hermanos, los Archiduques Alberto, Ernesto y Maximiliano, habiéndola logrado solamente su hermana Ana María, la cuarta mujer de Felipe II, madre del Monarca español. La rama segunda de la Casa de Austria, derivada del hijo segundo del Emperador Fernando I, Carlos de Styria, que casó con María Ana de Baviera, en quien había de continuarse la línea imperial, por su carácter agnaticio estaba representada por el Archiduque Fernando, nacido en 1578, adornado de singulares dotes de inteligencia y piedad, a quien el auxilio de Felipe III había de ser eficaz para el logro de sus objetivos de orden sucesorio.

Figura principal, alma del partido católico, era Maximiliano I de Baviera, compañero de estudios del Archiduque de Styria en la Universidad de Ingolstadt, trabajador infatigable, gobernante modelo; encontró el ducado lleno de deudas por la prodigalidad de su padre, que su severa administración niveló; impuso costumbres ejemplares, siendo el único Príncipe de su tiempo de quien se cuenta que jamás se emborrachó, cuando era la embriaguez el vicio capital de las Cortes alemanas de su tiempo. Su pasión favorita eran las flores, empleando grandes sumas en sus jardines. Pero fué Príncipe tan acabado, que después de la guerra de los Treinta Años, a pesar de los enormes dispendios que le costó, era Baviera el país más próspero de Alemania, con un excedente de millón y medio de florines en las arcas ducales.

Los objetivos de Oñate eran, aparte de la cuestión religiosa, que se impuso por su importancia, la guerra del Archiduque Fernando con los uscoques sus vecinos, auxiliados por Venecia, y por tanto con los mercantiles aristócratas de las lagunas, que finalizó con la paz de Madrid, y la cuestión de sucesión, ya planteada en tiempo de D. Baltasar de Zúñiga, que suponía para Felipe III la posible adquisición de territorio como compensación. En efecto, en la segunda audiencia hubo de tratarse de ello, según comunicaba Oñate el 16 de febrero, y ya hubiera sido resuelto si el Emperador no esperara saber la definitiva respuesta de Felipe III. Era éste jefe de la familia y sobrino carnal de aquél, y por tanto, más cercano pariente que Fernando de Styria, si bien éste representaba la línea agnaticia, aunque de grado más remoto, dentro de la descendencia de Fernando I. La plática con el Archiduque Maximiliano acerca de la sucesión, tuvo asimismo acogida favorable: «el cual está deseosísimo de la conclusión deste negocio, entró más en plática y quiso saber la recompensa con que Vuestra Majestad se tendría por satisfecho; yo le apunté lo de Alsacia,

puso algunas dificultades, mas no tantas que por él se haya de impedir». Claro es que al Cardenal no se omitió, y Oñate pasó un memorial en que se puntualizaba la cuestión. Felipe III, como único nieto de Maximiliano II, renunciaba, así como los Archiduques Maximiliano y Alberto, en el Archiduque Fernando de Styria, «si bien—añadía su representante—muchas personas de gran santidad y letras le afirman pertenecerle indubitablemente conforme a justicia». Para cumplimentar al Archiduque Fernando envió a Gratz a Bruneo, y las disposiciones de éste eran muy conformes con el espíritu de su sobrino el Rey de España; los detalles de la renuncia habían de mantenerse secretos, para evitar su fracaso si llegara a conocimiento de Francia y de los protestantes, debiendo únicamente Felipe III ratificar la renuncia hecha por su madre la Reina Ana (1). El Emperador llamó a su hermano Maximiliano, y era tanto el deseo de arreglo de éste, que, «no sólo desea ceder su derecho, sino que solicita instantísimamente el negocio, diciendo no quiere salir de aquí hasta que se concluya». El primer Ministro se inclinaba a la intervención de los Electores eclesiásticos, para evitar creyesen obraba el Emperador forzado, pero a pesar de estos rumores, le ofreció la prontitud, «aunque—añade cauto—me dicen muchos no lo crea».

El 6 de marzo llegó a Praga el Archiduque Fernando, y se celebró una reunión para tratar la cuestión de sucesión con Oñate. Asistieron el Cardenal Khléssel, tres Consejeros y un Secretario, el Camarero Mayor del Archiduque Maximiliano y un Canciller del Archiduque Fernando. Se convino el asiento de la línea preferente masculina sobre la femenina, dejando la cuestión de recompensa para otro tratado, ratificación de la renuncia de la Reina Doña Ana, y la estipulación del matrimonio del Archiduque Juan Carlos con una de las Infantas, lo que se verificaría después de la coronación.

Más adelante, Khléssel avocó a sí el asunto, «y de allí adelante le tratamos los dos solos; al principio dél hice instancia en el derecho de Vuestra Majestad para atraer al señor Archiduque a su real voluntad y que el Cardenal se empeñase, como lo hizo, y grandes ofrecimientos de hacer luego la sucesión, diciendo que se dilataba por mi causa. Cuando tuve seguridad de que el señor Archiduque cumpliría todo lo que Vuestra Majestad fué servido mandarme, por su medio hice proponer en sus juntas que se asentase la precedencia de la línea masculina de Vuestra Majestad a la suya femenina; que la recompensa en alguna de las provisiones de la Casa de Austria se remitiese a otro tratado, y que el Emperador hiciese oficios con Vuestra Majestad para lo del matrimonio; el Cardenal dilató el decirme esto, y al fin lo hizo de manera que me pudiera disgustar».

(1) Praga, 16 y 18 de febrero de 1617.

Por fin, se llegó a un acuerdo, dando palabra el Cardenal se acabaría la Dieta y coronación para fin de agosto, «y aunque el plazo es muy largo y sujeto a mil inconvenientes, los señores Archiduques se resolvieron a aceptarle, con resolución, si desde aquí allá no ven efectos que se lo aseguren, hacer sacar al Cardenal de alguna manera de su casa y llevarle a dar cuenta a Su Santidad para que envíe por él o le nombre Jueces; esto está resuelto con sumo secreto y se podrá executar por los muchos émulos del Carden y no tener amigo ni pariente que le pueda valer, y luego quieren venir en persona a disculpar el caso con el Emperador, de cuya bondad se tiene por cierto no le alterará, por desear Su Majestad esta sucesión y porque si para entonces no se hubiere hecho nada, se vería manifiestamente que el Cardenal la impide, como lo creen todos. Partió Su Alteza a los 17 deste, y el señor Archiduque Maximiliano lo hará en dándole lugar su salud; va a Austria a tener la Dieta de aquella provincia, lo cual se ha tomado por pretexto para conestar la salida de aquí. En las caussas porque el Cardenal dessea detener esta Dieta hay diferentes opiniones; algunos juzgan es porque no se le disminuya la autoridad que hoy tiene; otros, y a mi parecer con más fundamento, piensan que se ha empeñado con los Príncipes protestantes, de quienes se dice tiene pensión, a tratar de la composición de las diferencias que tienen con los cathólicos primero que la sucesión del Imperio y Estados patrimoniales de la Casa de Austria; por lo menos, es cierto haberlo dicho assí algunos de aquellos Príncipes, y cuando no sea sino haberles dado cualquiera esperanza, será de mucho daño para todo lo que se hubiere de tratar adelante; también es público aquí que él está interesado con venecianos, y cierto tener allí su dinero, y se puede sospechar no querrá hacer esta sucesión hasta que se haya sentado la paz en aquella República con el señor Archiduque Ferdinando, y que para esto haya tomado tan largo plazo, pues es cierto que la Dieta se puede intimar luego y celebrar cuatro semanas después de la intimación, y acabarse en dos, y que todos los cathólicos desean esta sucesión y algunos herejes que lo sienten no son poderosos para impedirla; también tengo aviso seguro de que el Cardenal no creo procurará facilitar los inconvenientes, sino aumentarlos, y que se ha hecho mirar estos días si la Emperatriz está preñada, con deseo de hallar cómo poderlo decir. Yo haré todas las diligencias que alcanzare para acabar esta negociación con gusto y satisfacción de todos».

La compensación a exigir por parte de Felipe III era cuestión muy importante para nuestro Embajador, y en ella insiste hasta abarcar todos sus aspectos. El Archiduque Fernando se avenía a ceder Alsacia a cambio de la renuncia de Felipe III; su posesión era ventajosa para nosotros, pues aseguraba la comunicación de Flandes con Italia y la seguridad de Borgoña, facilitando el contacto con el Imperio, «puntos de tan gran considera-

ción, que muchos, muy graves y prudentes personajes tienen que por razón de Estado y conveniencia de ellos mismos deberían estos Príncipes dar a Vuestra Majestad aquella provincia. Yo le representé estas y otras muchas razones para persuadirle a dar también la Alsacia, y finalmente resolvió firmar la cédula que Vuestra Majestad mandará ver por la copia que será con ésta». Un obstáculo se oponía a tratar públicamente negocio de tanta monta. La Infanta Margarita de las Descalzas había escrito al Archiduque Maximiliano diciéndole que la cesión del derecho de Don Felipe sería sin la Alsacia, «y a esta declaración se atienen todos, juzgando por diligencias más lo que pretendía». Grandes habían de ser los obstáculos, y el principal la oposición del Cardenal Khléssel, fundándose en no desmembrar ninguna de las provincias de la Casa de Austria, pero el compromiso del Archiduque era mucha parte para el logro de aquello, pues «es Príncipe tal, que no puede dudarse en el cumplimiento de lo que ha prometido».

Sin embargo, como en todo tiempo, en cuestiones electorales, el nervio de ellas ha sido el dinero, no terminaba su extenso e importante despacho el enviado de Felipe III sin recordar cuán necesario era su envío. «Habría hartas negociaciones y se podrían ir disponiendo las cosas de manera que con pocos millares se encamine lo que después de pasada la ocasión con muchos millones no se pudiese remediar; a esto se junta la imposibilidad del señor Archiduque Ferdinando y haberle yo ofrecido con orden de Vuestra Majestad asistirle en estas ocasiones» (1). La situación económica del Embajador no era, ni mucho menos, brillante; «si Dios me diere gracia para servir a Vuestra Majestad en este cargo como debo, estoy muy cierto de su grandeza nos hará a mí y a mis hijos más mercedes de las que merecemos, sin que yo tenga necesidad de importunarle sobre esto y teniendo yo mis cosas en la estrechez que es notorio me es fuerza representarlas a Vuestra Majestad» (2). Además de las cantidades gastadas por D. Baltasar de Zúñiga hasta principios de enero, resultaba un alcance a favor de dos mercados de Viena de 80.000 florines, de que se pagaban intereses crecidos, y el gasto de los 4.500 infantes y 500 caballos que servían en Frioul, durante un mes ascendía a 150.000 florines; «a casi todos los pensionarios se les debe todo el año pasado, yo me hallo con los negocios que Vuestra Majestad puede considerar, habiendo en su Real nombre ofrecido ayudar al señor Archiduque Ferdinando, y Su Alteza está en estado que habrá menester para venirse a coronar a este Reyno alguna buena ayuda de costa; en disponer la Dieta se gastará buen pedazo; D. Pedro de Toledo no ha enviado las mesadas de henero, febrero y marzo; aflojar en lo de Frioul no

(1) Praga, 19 de abril de 1617. Ms. 18.435.

(2) Praga, 6 de mayo de 1617.

se puede porque si allí hiciesen los venecianos algún progreso los animaría y dificultaría más la paz» (1).

A principios de mayo flaqueó la salud del Emperador; tuvo «un azidente cólico, de que estuvo muy apretado»; ello influyó en el ánimo de Khléssel para no diferir la elección de Rey de Romanos. Se fijó para la fecha de convocación de la Dieta de 6 de junio siguiente. Además del miedo por la salud del Emperador, hizo presión en el primer ministro, Adán Starenberg, Supremo Burgravio del Reino; de él decía Oñate: «Tendrá gran mano en la Dieta, por ser el primer voto y persona de mucho talento y gran elocuencia.» El Gran Canciller de Bohemia es persona de la calidad y partes que Vuestra Majestad tiene noticia, excelentísimo católico, y ha hecho grandes finezas de tal con mucho fruto de la religión; es muy útil para la ocasión presente, por tener en su poder todos los Archivos del Reino, y porque el Emperador habla en la Dieta por su boca, por lo cual y la gran noticia que tiene de las cosas dél, tendrá gran mano en lo que se hubiere de hacer, y me aseguró serviría a la Casa de Austria como lo ha hecho siempre, y últimamente en la intimación de la Dieta es persona en quien por todas razones cabe la honra del tusón» (2). La salud del Emperador mejoró; «hállase Su Majestad, a Dios gracias, libre destos azidentes, mas muy flaco, y sin duda habrá esto despertado a los herejes y será causa de prevenirse para lo que pudiere suceder». Añadía a eso las dificultades que se preveían en la futura Dieta, que reducía a tres: pretender los bohemios que pueden elegir Rey; querer los herejes confirmación de los privilegios que les concedió este Emperador, que son muy perjudiciales a los católicos; aspirar el Marquesado de Moravia y el Ducado de Silesia a ser convocados a la Dieta, entendiendo el Reino que sólo habían de serlo para

(1) Praga, 13 de marzo de 1617. Las ayudas o donativos particulares de que habla Oñate en carta de 19 de abril del mismo año, eran: «Al Conde de Retberg, Caballero del Hábito de Santiago, Mayordomo Mayor del Duque de Baviera, acudía D. Baltasar de Zúñiga con 1.000 escudos al año; «parece conveniente continuárselos por la valía que tiene con su amo», D. Baltasar Marradas, caballero valenciano, Gentilhombre de la Cámara del Emperador, tiene título y sueldo de Coronel entretenido de Vuestra Majestad, sirve en el Frioul con 500 caballos, haciendo oficio de Sargento Mayor General de aquel Ejército. El Sr. Archiduque tiene mucha satisfacción de su persona, de la qual se puede y debe esperar mucho; goza de sueldo 800 florines, además del estado de Coronel, que es menos de lo que se ha dado a otros. D. Antonio Lanti, hermano de D.^a María Lanti, Guarda Mayor de la Princesa Nuestra Señora, tiene 15 escudos de entretenimiento en Flandes; por sus enfermedades no puede irlos a gozar; por esto, y su extrema necesidad, le ha ido socorriendo D. Baltasar con estos 15 escudos al mes. D. Antonio Cornazani, por haber entregado unos papeles tocantes al Marquesado de Final, se comprometió D. Baltasar a entregar a su sobrino Pablo Cornazani 15 escudos de entretenimiento al mes. Un mes después escribía: «Dícenme que el Emperador ha escrito a Vuestra Majestad no haga por acá ningunas mercedes sin carta suya, y algunos levantan el Cardenal quiere hacer mercancía dellas, de que me ha parecido avisar a Vuestra Majestad para que mande considerar estas intenciones, pues tendría menos inconveniente causa tan grande no gratificar desde allá Vuestra Majestad a ningún personaje del Imperio, que haciéndolo irregularmente dar justa causa de queja a muchos.»

(2) Praga, 6 de mayo de 1617.

asistir a la Coronación. Para hacer frente a esas dificultades, decía maduramente el representante de España: «en todo voy haciendo cuanto me da lugar el tiempo y humores de la gente con quien se trata». Sin embargo, las cosas llegaron a feliz término, como daba cuenta en su despacho del 8 de junio. Aunque Matías había sido elegido Rey de Bohemia, los precedentes eran favorables a la herencia. Los protestantes querían establecer el principio electivo, con la esperanza de ejercerlo en favor de uno de los suyos; los católicos sostenían la herencia, para hacer reinar a Fernando, manteniendo la Corona de Bohemia en la Casa católica de Habsburgo. El Canciller de Bohemia, Zdenec de Lobkowitz, reunió el 5 de junio, día fijado para la apertura a los altos dignatarios, para darles a conocer el mensaje real. El archiburgrave Adam de Starenberg abogó por el principio hereditario, y su autoridad se impuso; invocó el hecho de que, en 1526, cuando Fernando I ciñó la corona, los Estados decidieron que la herencia establecida por la Bula de Oro en favor de la Casa de Luxemburgo, continuaría en favor de la de Habsburgo, y desde entonces la Corona había sido hereditaria; si el actual Emperador fué elegido, se debió a una novedad, que no debía prevalecer. Cuando, después de la sesión regia, Starenberg interrogó separadamente a cada uno de los miembros de los tres órdenes, su prestigio y autoridad fueron decisivos, no obstante las vagas protestas de Thun y de Colonna de Fels; el derecho hereditario de los Habsburgos estaba definitivamente consagrado (1). La satisfacción producida en el ánimo del Embajador por el logro feliz del suceso, la demuestra en su carta a Felipe III: «A los seis se propuso la Dieta, estando tan bien dispuestas las cosas, que ayer tarde recibió este Reyno al Señor Archiduque Ferdinando por su Rey y se resolvieron a coronalle, como lo harán dentro del más breve término que se pueda; este negocio es sin duda el más grave que había agora en la xptiandad, y se ha acabado felicísimamente, y todo se debe a lo que Vuestra Majestad se ha servido hacer y a haver amparado con su Real autoridad al Señor Archiduque; con ésta recibirá Vuestra Majestad la proposición de la Dieta, y si hubiere lugar, las de los Emperadores Rodolfo y del presente, para que se heche de ver cuánto más establecida queda la sucessión, y también en materia de religión se ha ganado, a Dios gracias» (2). Con la elección del Archiduque Fernando, quedaba resuelto el problema, largamente debatido por Felipe III, respecto a sus eventuales derechos al trono imperial, que él quiso desmembrar en favor de su hijo segundo el Infante Don Carlos y habían sido motivo de pláticas diplomáticas en tiempo de Don Baltasar de Zúñiga y del envío a Alemania del Marqués de Spínola. El 29 de junio tuvo lugar la coronación, cuyos

(1) Charvériat. *Histoire de la guerre de Trente Ans. (1618-1648)*. Tomo I, págs. 70-73. París, 1878.

(2) Praga, 8 de junio de 1617.



detalles se contienen en la correspondencia del secretario de Oñate: «A los 29 de junio salió el Emperador vestido con su ropa imperial y corona a la cabeza, acompañado de los Señores Archiduques Maximiliano y Carlos, los cuales iban delante de Su Majestad, y detrás los Cardenales Dietristain y Cleselio, con gran acompañamiento de señores y caballeros, llevando los que les tocaba el pomo, ceptro y estoque; con esta orden fué desde palacio a la yglesia mayor por el pasadizo y se encaminó con el Arzobispo y clerecía, que le salió a recibir a la capilla de San Vencislao donde estaba el nuevo Rey Ferdinando con vestidura real, y tomando allí la corona con que acostumbran coronar a los Reyes de Bohemia, la llevaron al altar mayor como en procesión y ansí mismo llevaban los oficiales supremos a quien tocaba, sus insignias de pomo, zetro y estoque, de manera que formaban dos Monarchías, una imperial y otra real; en llegando al coro, el Emperador se puso al lado del Evangelio, donde tenía su sitial sobre una tarima de dos escalones con su dosel; más abajo, consecutivamente, estaban los Señores Archiduques Maximiliano y Carlos, y después dellos el Embajador de Florencia; el de España por estar convaleziente, y el de Venezia por la guerra que tiene su república con el nuevo Rey, no concurrieron. En la Iglesia el Rey estaba en medio de la Capilla, con su sitial y dosel, y los dos Cardenales Dietristain y Cleselio, al lado de la Epístola, no enfrente del Emperador, sino algo más abajo. Celebró la Misa y hizo las ceremonias el Arzobispo de Praga, y después de acabadas volvieron todos a la Cámara del Emperador, yendo el Rey delante de Su Majestad Cesárea, en medio de los dos Archiduques, y detrás los Cardenales; el Emperador se quitó allí la corona y manto imperial, tomando herreruelo y sombrero; con el mismo acompañamiento y orden, fueron a la Sala del Reyno, donde estaban puestas las mesas, y en la del Emperador se guardó la orden siguiente: Su Majestad Cesárea en la cabecera, y a su mano derecha el Rey Ferdinando, el cual estuvo siempre con la vestidura real; luego seguían los dos Archiduques Maximiliano y Carlos y el Embajador de España; a la mano izquierda del Emperador, enfrente del Rey, estaba un trinchante, y luego los Cardenales Dietristain y Cleselio; tras ellos, otro trinchante, y después el Embajador de Florencia. Los oficiales Supremos del Reyno tuvieron en la misma sala sus mesas separadas, y convidó cada uno dellos las personas que quisieron, conforme acá es costumbre; sirvió la copa al Emperador el Duque Julio Enrique de Saxonia, y los demás eran criados suyos. Al Rey le sirvieron los Oficiales de Bohemia, que aunque comían en sus mesas, al mismo tiempo se levantaban cuando era menester; acabado el banquete, se retiraron Sus Majestades, y hubo gran salva de artillería y mosquetería de cuatro escuadrones de gente de milicia de las ciudades que se incluyen en Praga, que son Rechin, Claranca, ciudad vieja y ciudad nueva, con los colores y libreas del Imperio y

de la Casa de Austria. La Emperatriz vió la ceremonia desde una tribuna» (1).

Felipe III escribía el 26 de mayo (1617) a su Embajador en el Imperio, que se inclinaba a la paz, y así lo manifestó al Embajador de Venecia, al dar cuenta el Conde de Oñate de esta resolución al Emperador y al Rey Fernando, siendo la solución adoptada escribir al Conde Khevenmüller para asentar la paz en condiciones convenientes para la Casa de Austria, y de no ser posible esto, era necesario aumentar los socorros de Frioul, no sólo en contingentes, sino en oportunidad, y de no ser posible, la negociación habría de llevarse por la Corte Imperial, «cosa que el Cardenal Cleselio desea mucho, y que, juntándose con lo que abajo diré, confirma la opinión general que hay de que él es muy interesado en esta negociación».

Se atribuía a Khléssel inclinación a los venecianos, en cuyas arcas tenía sus ahorros, y ello lo llevaba a simpatizar con sus banqueros, confirmando la sentencia evangélica *Ubi est thesaurus, ibi est cor tuum*, con mengua de la política católica, de que debía ser baluarte. Esto lo corroboraba Oñate sentando hechos indudables: cómo Fernando de Styria no tenía con qué hacer la guerra, el Emperador no le daba recursos por insinuaciones de su Ministro y aun llegaba a más la provincia de Austria le dió 50.000 florines para ello, que empleó el Cardenal en pagar cuatro compañías de infantería del Imperio. El Reino de Bohemia, por derecho de la coronación, le dió 60.000 tallers que repartió entre los oficiales del Reino, reservándose para él 20.000, «habiendo muchos a quienes les ha pesado de que pueda parecer ayan vendido sus votos»; y aquel Reino, con las provincias de Moravia y Silesia, sostendrían muy bien 4.000 infantes y 1.000 caballos, suficientes para la guerra; «y esto es común opinión se deja de hacer por no quererlo consentir el Cardenal Cleselio, a quien el Rey no aprieta con veras, temiendo le podría dificultar o hacer perder la sucesión del Imperio; de todo lo cual se puede inferir que, o se ha de hacer ahí la paz, o V. M. se ha de servir de mandar socorrer esto puntualmente, o el negocio volverá a manos del Cardenal Cleselio» (2).

El teatro de la guerra, las márgenes del Isonzo, fueron testigos del valor de D. Jerónimo Marradas que desalojó, tomándole dos banderas a los venecianos; pero los socorros necesarios para el sostenimiento de la gente no llegaban tan regularmente como fueran precisos. De la irregularidad en el socorro se hacía eco el Embajador cuando exclamaba: «siendo toda Alemania tan interesada, que, con no haberles faltado jamás el socorro en el Friuli, me envían a decir cada día mil insolencias». En efecto, en todo el año 1617 (él escribía el 19 de agosto de 1617) le habían remitido

(1) Praga, 29 de junio de 1617.

(2) Praga, 15 de julio de 1617.

de Milán 90.000 ducados, y conforme a la orden de 30.000 mensuales, debían haber sido en aquéllos 240.000. «Con éstos y los 100.000 que V. M. ha mandado proveer a pagar en los meses de octubre, noviembre y diciembre se ha de acudir también a las pensiones y otros gastos de este cargo, que en la ocasión presente son muchos; yo lo he repartido de manera que, siendo Vuestra Majestad servido de que se me envíen acá los 15.000 al mes que paga el Gran Duque y llevando las tranpas adelante, podré pasar hasta fin de este año, sustentando la gente del Friuli, que en fin defienden a Gradisca, y esperando que para entonces, con las provisiones de la flota, se acordará V. M. de lo de acá, conforme lo pidieren las ocasiones; aquí no tiene V. M. Estados ni rentas sobre que arbitrar, y me parece hago lo que debo en no empeñar su Real autoridad en cosas que manifiestamente se conoce ser imposible sustentarse.» Siguió la penuria, mengua constante de nuestras empresas gloriosas, pero el Embajador en Venecia, Marqués de Bedmar, comunicó al Conde de Oñate la imposibilidad en que se hallaban los venecianos para continuar la guerra, siéndoles forzoso aceptar la paz propuesta por España; éste duplicaba sus misivas, y por vía de Italia, a la vez que por Flandes, se dirigía a Felipe III para «decir a V. M. que de ninguna manera me hallo con caudal para despedir la gente del Friuli, porque a mi cuenta vendrá esto a ser a fin de octubre, que serán corridos diez meses deste año, que conforme al gasto, son 300.000, y no tengo esperanza ninguna de más socorro de Milán, y así es forzoso representar esto tan anticipadamente a V. M.» (1).

El Emperador salió de Praga el 30 de julio para Sajonia, a fin de disponer el ánimo del Elector para la elección de Rey de Romanos; llegó allí algo resentido de la gota: «dan por causa desto el haber estado algunas horas al sol en una caza de ciervos que obligaron a entrar en el río Albiz, de manera que se pudieron matar desde las barcas donde iba el Emperador y sus criados; si bien los últimos avisos son de que quedaba mejor, no ha podido partir el día señalado, y dicen vendrá el Rey Ferdinando solo para hallarse en las Dietas de Moravia y Silesia; de lo que se ha tratado allá tengo buenas nuevas» (2). En efecto, el Rey Fernando llegó antes que su augusto primo, del cual decía nuestro Embajador «viene flaco y muy achacoso»; en las pláticas de Dresde prometió el de Sajonia su intervención amistosa, y desde luego su voto para el Archiduque, aunque hizo muy poca cortesía al Cardenal Khléssel; también se fijó la fecha del convento electoral para enero del siguiente año 1618 (3). Cuando Felipe III dió la enhorabuena al Rey Fernando, le trataba en la carta como Archiduque, y al entregársela, tuvo buen cuidado Oñate de representarle «que cuando se

(1) Praga, 15 de julio de 1617.

(2) Praga, 30 de julio de 1617.

(3) Praga, 19 de agosto de 1617.

escribió no tenía V. M. aviso de su coronación, como es verdad, porque sin duda tratándolo como a Rey tuviera por disfavor, trata V. M. de Majestad al Rey de Polonia, el Emperador ha mandado que sus criados le llamen Real Dignidad, que es término alemán no tan estimado como la Majestad, pienso que pasaría por esto entre tanto que llega a la Corona de Romanos o toma posesión deste Reyno y así me ha parecido poner en consideración a V. M. los pocos inconvenientes que se seguirán de honrar a tal Príncipe». Mientras el Emperador se entretenía en la caza y los jardines de Brandays, Fernando era reconocido en Silesia sin dificultad alguna; «tiénesse por buen suceso, porque se temía dilación y dificultades de los muchos calvinistas que hay en aquella provincia» (1). Resuelta la cuestión del reconocimiento del de Styria, partió para Gratz el 12 de octubre, y en aquellos días volvió a Brandays el Emperador, prometiéndole tener la Dieta de Hungría en cuanto tuviese su salud repuesta de un nuevo y fuerte ataque de gota que le dió. Para intimar la convocatoria del convento electoral y hacer los preparativos oportunos, fueron nombrados el Obispo de Spira y Equemiler, Consejero áulico el primero era gran amigo de España, no así el segundo, partidario del Duque de Saboya.

A fines de octubre, en visita que el de Spira hizo al Embajador, le dió cuenta del resultado satisfactorio de su misión cerca de los Electores de Maguncia, Colonia y Palatino. Parecía que el Cardenal, como llama por antonomasia a Khléssel, Oñate, pretendía diferir la reunión electoral, con grave daño de los intereses comprometidos, «pues en la celeridad consiste el buen suceso»; el recurrir a Roma para que el Papa influyera, parecía el medio más adecuado, y así lo había indicado al Nuncio. «Yo no me atrevo a proponer a Vuestra Majestad en este caso ningún medio, porque los blandos me parecen menores que la necesidad, y veo que no obran con el Cardenal, ni los del interés, pues le dió el Rey a cuenta de la pensión que le ha señalado, 10.000 tallers cuando estuvo aquí y hablar alto y tomar alguna resolución más fuerte, podría atrasar el negocio, irritando demasiado al Emperador; yo haré las diligencias que pudiere sin aventurar este riesgo, porque si el convento se hace luego, espero en Dios que el negocio está bien dispuesto y si se difiere, temo las negociaciones y invenciones de los muchos que le procuran impedir. Dios lo guíe, pues es causa suya» (2).

Ajustada la paz de Italia, se lo transmitió Felipe III a su representante para que lo hiciera al Emperador; no fué posible en aquellos días, por la enfermedad que le aquejaba y no dar audiencias, ni siquiera al Embajador del Archiduque Alberto, enviado para darle la enhorabuena por la sucesión de Bohemia. Había el Arzobispo de Salzburgo recomendado al Conde

(1) Praga, 9 de septiembre de 1617.

(2) Praga, 23 de septiembre de 1617.

Nicolás de Lodron y aunque a éste, lo tenía el Embajador por honrado caballero y benemérito de la merced, suponía la concesión de un puesto de Coronel entretenido, antecedente digno de tenerse en cuenta; «mas débese considerar que los Príncipes de Alemania son muchos, y que difícilmente negarán a todos sus dependientes cartas semejantes, y que si se abre esta puerta, crecerán mucho los gastos de esta embajada y pues Su Majestad ha hecho merced al Conde Bratislao de Fristemberg del título de Coronel entretenido que tenía el Barón de Traumestorf, esto podría servir de respuesta, pues la pretensión es pedir el sueldo que había vacado por su muerte». La terminación de la guerra dejaba inactivos a los refuerzos que España sostenía y que podían ser útiles hasta terminada la Dieta de Hungría, siendo ésta «mejor y más aventajada teniendo el Emperador fuerzas, y aunque puede, de su dinero es cierto no las levantará; mi opinión sería que, pues es fuerza se mantengan los dos regimientos algunos días para la ejecución de la paz, se me ordene a mí los sustente por todo el mes de enero, en que se incluyen los tres meses después de la conclusión de la paz, y tiempo suficiente para acabar la Dieta de Hungría».

No pretendía con esto salvaguardar los derechos de aquella Casa, sino que insinuaba a la Corte de Madrid la condigna recompensa, necesaria siempre en el mundo de la diplomacia por los servicios prestados: «con condición de que el Emperador haya de dar lugar y gratis la investidura del Final en reconocimiento desta asistencia y de lo que Vuestra Majestad ha hecho en la cesión destes Reynos a su instancia y en caso que el Emperador no se contente de hacer esto que Vuestra Majestad, con este dinero y lo que D. Baltasar de Zúñiga habrá dado al Emperador, tiene por pagado el donativo que había ofrecido a Su Majestad Cesárea cuando fué elegido».

La conclusión de la paz se difería, por el deseo de nombrar los venecianos a Príncipes para la ejecución del Tratado, habiéndose fijado en el Papa y en Felipe III, pero el aprieto económico aumentaba con ello. «Veo que esto se va difiriendo más de lo que yo creía y así temo si las provisiones que Vuestra Majestad me ha de mandar enviar no vienen con mucha brevedad y algo más de lo que tengo pedido, se me ha de amotinar esta gente o hallarme después sin medios cómo poderla despedir; suplico a Vuestra Majestad lo mande considerar, creyendo que si con mi sangre lo pudiera remediar, no le fuera molesto y que siento en el alma el verme forzado a serlo en esta materia» (1).

Los frecuentes ataques de gota del Emperador hacían temer por su salud, hasta el punto que la Emperatriz «anda con cuidado, procurando asentar sus alimentos para en caso de viudez, pues todos creen el Empera-

(1) Praga, 4 de noviembre de 1617.

dor no puede durar mucho». Eso hacía temer por el aplazamiento del convento electoral, y para prepararlo se envió al Conde de Zoleren. Presidente del Consejo Áulico, a visitar a los Electores seculares; tenía el Palatino resentimiento, y así lo había escrito a Khléssel, de no haber tenido la visita del Emperador antes del de Sajonia, volvió el Conde con noticias favorables sobre la asistencia de los Electores, aunque éstos consiguieron se difiriese por dos meses, a lo que accedió el de Sajonia, fijándose para primero de abril. El asentimiento de nuestro Embajador también fué inmediato, «aunque se ve claro que el fin de los calvinistas es dilatar esta sucesión, esperando algún accidente que pudiese mejorar su partido; yo no he podido dejar de consentir en esta dilación, porque habiendo de ir a Austria el Emperador, para donde partió ayer, con pensamiento de llegar a Ciudad Nueva para Navidad y habiéndose por esta causa prorrogado la Dieta de Hungría para después de los Reyes, será bien menester el tiempo que hay de aquí a marzo para acabarlo y volver a Ratisbona». Había el Emperador salido de Praga el 1.º de diciembre, una vez repuesto del último ataque, «con agüero, por haber visto un pronóstico que dice tiene estos meses peligro aquí», y en el mes anterior, el 6, lo había hecho el primer ministro para ultimar lo concertado en la paz con el Turco (1).

No fué el viaje tan placentero como hacía esperar el pronóstico, pues le repitió el ataque, debiendo detenerse diez días en lugar distante quince leguas de Praga; prosiguiendo el camino en dirección a Neustad, se detuvo en Albertorf, casa de recreación suya junto a Viena, donde sufrió nuevo accidente con tanto ímpetu y con tan grandes dolores, que estuvo muy peligroso. Ello ocasionó la dilación en la reunión de la Dieta de Hungría, fijada para el 7 de enero de 1618, hasta el 4 de marzo inmediato; pareció largo a Oñate el plazo y deseó se abreviara, o que, no pudiendo el Emperador presidirla, designara comisarios para ello no logró lo primero, pero sí lo segundo, asegurando sería Comisario, o el Rey Fernando, o el Archiduque Maximiliano (2). El Cardenal aseguró a Oñate que el convento electoral sería para primero de mayo. «Yo no lo estoy de que esto será cierto, y considerado todo lo de por acá, tengo por muy verosímil se ha de llegar al interregno y aunque hay quien sospeche que no le pesará al Cardenal de salir por este medio de las prendas que tiene metidas con los protestantes.» La precaria salud del Emperador impidió su concurrencia a la Dieta de Hungría, punto esencial en las negociaciones de nuestro Embajador, así como la conclusión de la paz, para la que se designó a Carlos de Harrac, cuya partida procuraba por todos medios, trasladándose a Ranestorf. «Me

(1) Praga, 18 de noviembre de 1617.

(2) Praga, 20 de noviembre y 2 de diciembre de 1617.

ha asegurado—decía—que partirá dentro de cuatro o cinco días con que si los venecianos no ponen nuevas dificultades en la ejecución, se podrá hacer brevemente y yo lo procuro cuanto puedo» (1). El 4 de marzo de 1618 llegó a Viena el Rey Fernando, y por Comisarios del Emperador se designaron al Cardenal Khléssel y a Juan de Molart, con el Vicecanciller del Imperio; «espérase que el Reino recibirá por su Rey al Rey Ferdinando lo que se puede dudar es si será por elección o por sucesión y aunque yo haré lo que pudiere por lo que en esto está interesado el Real servicio de V. M., por lo general y por la expectativa de aquel Reino, será fuerza me conforme con lo que al Rey Ferdinando, que es el primero y más interesado, le pareciere posible a su tiempo avisaría a V. M. del suceso» (2). La Dieta se abrió en Presburgo, el 23 de marzo de 1618; además del Cardenal, de Molart y del Vicecanciller del Imperio, que era el Barón de Ulm, acompañó al Rey Fernando su confidente y leal consejero el Barón de Eggenberg. Como apuntaba Oñate, en el mensaje imperial se evitó la palabra elección y se contraía a los siguientes términos: «Su S. C. R. M. juzga ser lo más justo y lo más útil, y para el alivio de dichas necesidades de este Reino lo más a propósito, si su primo hermano el Serenísimo Sr. Ferdinando, Rey de Bohemia, Archiduque de Austria, por sus grandes partes adoptado por hijo de S. M., teniendo edad justa y buena, y fuera de los Estados que tiene, esperanza de otros mayores y de mayores dignidades, sea publicado, reconocido y coronado de los Estados por Rey de Hungría; por esto Su S. C. R. M. pide a los fieles Estados del Reino, que, considerando bien lo que arriba se ha dicho, desde agora reconozcan, publiquen y honoren por Rey de Hungría, en la forma que arriba se dice, al Serenísimo Señor Rey de Bohemia, Archiduque de Austria, primo hermano y hijo muy caro a S. M.» (3). La mayor parte se opuso a que la Corona se reconociera como hereditaria los magnates hubieran cedido de buena gana, pero la nobleza media reclamaba la elección, formándose un tercer partido, que, admitiendo pertenecía la Corona a la Casa de Habsburgo, sostenía la elección entre las personas de esa familia.

«Ha sido error grande no cometer aquello al Sr. Archiduque Maximiliano, pues su bondad y la autoridad que tiene con los húngaros creen todos hubiera acabado con lo que se desea; también hubiera sido a propósito arrimar a los confines de Hungría la gente que el Marqués de Villafranca ha enviado al Friuli, que no es menester allí, como yo lo avisé al Marqués y a Alfonso Casato antes que la gente se levantara; lo uno y lo otro me dicen ha dejado de hacer el Cardenal porque el Rey le tenga a él solo obligación de esta sucesión y es Dios tan justo, que el Rey ha echado de ver

(1) Sauberstorf, 21 de enero de 1618.

(2) Ranestorf, 27 de enero de 1618.

(3) Viena, 7 de marzo de 1618.

que el aborrecimiento del gobierno del Cardenal y el modo de proceder que allí ha tenido son causa de no haber acabado el negocio, así me lo han enviado a decir los ministros del Emperador y del Rey que se hallan allí. No obstante estas dificultades, se espera se cansarán los húngaros de estar tanto tiempo juntos, y se contentarán de obedecer al Emperador; yo temo que siendo las demandas tan altas, su atrevimiento tan grande, y no habiendo fuerza ninguna con que enfrenarlos, se les habrá de conceder harto más de lo justo y si bien veo lo que en esto se interesa el Real servicio de V. M., es fuerza me conforme con lo que el Rey Ferdinando tolerare.» No se cansaron los húngaros tan pronto como esperaba nuestro Embajador, siendo necesario al Emperador reconocer el carácter electivo de la Corona, dentro de la Casa de Austria. El 19 de abril recibía carta de Felipe III su enviado en Alemania, para apoyar al Rey Fernando; claro que lo avanzado de la Dieta no hizo eficaz el auxilio, si bien algún efecto causó, pues quedó agradecido «y con razón, decía el Embajador, pues el ánimo que con esto cobró y el recelo que dió a los húngaros el traslucírseles algo, fué causa de haberse mejorado la forma de elección» (1). Por fin, anunciaba la terminación de la Dieta de Hungría el 16 de mayo, «con que queda asegurada aquella Corona, sin mayor perjuicio para la Religión». El primero de julio tuvo lugar la coronación «con la solemnidad acostumbrada y con harta demostración de aquel Reino» (2). Para reconstituir todos los Estados de la Casa de Austria en una unidad, poco le faltaba en efecto, Rey ya de Bohemia y Hungría, soberano de Stiria, Carniola y Carintia, desde la muerte de su padre el Archiduque Carlos en 1590, debía Fernando recoger el archiducado de Austria a la muerte de Matías. Sólo faltaba el Tirol, Alsacia y Austria Anterior, que comprendía a la Suavia y Brisgau, atribuídos en el reparto de Fernando I a su hijo segundo, Fernando del Tirol pero, muerto sin hijos en 1595, su herencia se distribuyó entre las dos ramas derivadas de sus dos hermanos, que bien pronto se concentró en las manos de Fernando II, a quien ya sólo faltaba la elección de Rey de Romanos. Fué muy provechosa esta reunión de todos los Estados de la Casa de Austria—un acontecimiento afortunado, como dice Hurter—, casi necesario para la Casa de Austria y para el Catolicismo. Sin él, el protestantismo triunfante hubiera acabado por establecer un Imperio luterano en Alemania y consciente de la amenaza de este poder, concentrado en una sola mano, se esforzó por romperlo, sublevando el Reino de Bohemia, cuando puso en su trono al Elector Palatino.

Preocupaba a nuestro Embajador la boda del Rey Fernando, de quien suponía que, acabada la sucesión, contraería matrimonio y por su condición

(1) Viena, 4 de abril de 1618.

(2) Viena, 13 de mayo de 1618.



dulce, habría de tener mucha influencia la que fuere su esposa; «y pongo en consideración de Vuestra Majestad si sería conveniente guiar Vuestra Majestad el matrimonio, para que se hiciese donde sea más a propósito y la que viniere sea tanto más obligada al servicio de Vuestra Majestad» (1). Digno epílogo de la Dieta de Hungría y de los servicios de Molart era la siguiente carta, dirigida a Felipe III por su Embajador: «Ahora escribe a Vuestra Majestad el Emperador pidiendo una pensión para Juan de Molart, gobernador de las armas de esta ciudad, estas cartas se van haciendo ya tan ordinarias, que no negará el Emperador ninguna, si no fuere a quien el Cardenal quiera hacer tiro y porque estas pensiones sirven de muy poco y siendo mal pagadas, como lo son ahora y es hacer más testigos de la estrechez que se pasa y si no se abaja esta corriente, no quedará ningún criado del Emperador que no la quiera y tenga por agravio el no concedérsela, pongo en consideración a Vuestra Majestad si sería conveniente romper el hielo en esta ocasión, diciendo ha mandado Vuestra Majestad cerrar la puerta a este género de mercedes, respecto de estar tan cargada esta Embajada; porque el Cardenal no es amigo de Molart y así no sentirá el Emperador la negativa y porque el Juan de Molart según yo he entendido, ha servido muy bien y particularmente en esta Dieta de Hungría, de que el Rey le queda en obligación, podría Vuestra Majestad servirse de darme licencia para que yo le fuese socorriendo de cuando en cuando con alguna cosa, lo cual será de menos costa» (2). Tan bien desempeñaba el Monarca español el papel de providencia para el Imperio, que en despacho de la misma fecha, contraído a las cosas del Imperio, hacía presente el Conde de Oñate que no tenía la Cámara orden para buscar el dinero y disponer el viaje; sin embargo, la presencia del Archiduque Maximiliano y la ausencia del Cardenal contribuyeron al aceleramiento de aquéllas. Hubo junta de médicos, que resolvió podía ir el Emperador por el río antes de los rigores del verano, pues con él sería peligroso; para ello habían sido tomadas las medidas oportunas y al adoptar éstas, figuraba entre ellas la liberalidad española: «todos acuden a mí para que Vuestra Majestad asista con alguna suma de dinero para esta ocasión; yo he respondido que Vuestra Majestad ha pagado el donativo ofrecido años ha al Emperador, con el tiempo que ha sustentado a su instancia la gente del Friuli; que para semejantes ocasiones no hallo haya la Real Corona de Vuestra Majestad ayudado con nada a los antecesores del Emperador y que me parece muy perjudicial para su servicio y para el mismo negocio publicar tanta necesidad». Contiene este despacho interesantes pormenores que demuestran la desconfianza inspirada por Khléssel; «me ha parecido suplicar a Vuestra

(1) Viena, 7 de julio de 1618.

(2) Viena, 13 de mayo 1618.

Majestad mande considerar los grandes inconvenientes que podrían resultar de hallarse el Cardenal en este convento, porque si bien proceda en él sin mala intención, que se podría por ventura recelar, su modo de negociar, el ser tan odioso a los Príncipes católicos y el no fiarse nadie de él, dificultará mucho las cosas; las prendas que tiene con los calvinistas y lo que fían en ellas, les dará atrevimiento, si ya no pudieren impedir la sucesión del Rey Fernando, para pedir condiciones muy perjudiciales para la Religión y para procurar limitar la jurisdicción imperial... Hame parecido representar a Vuestra Majestad este pensamiento, para que si las cosas caminasen de manera que no fuese necesario apartar de todo al Cardenal, se vea si convendría procurar no fuese al convento, en que hay menores inconvenientes y mayor facilidad en la ejecución, pues el Papa podría, tomando pretexto de no querer haga perjuicio a su dignidad en cuanto a las precedencias con los Electores y otros Príncipes, enviarle a mandar expresamente no vaya al convento». Como el Archiduque Maximiliano y Khléssel no tenían gran armonía, éste debía sustituirlo en la Dieta de Ratisbona, pues el Emperador mostraba deseo de ello, y así, «con ayuda de Dios, esperaré buen suceso». La actitud de los Príncipes Electores inspiraba confianza y sólo el de Brandeburgo hacía temer no concurriera en el plazo señalado, haciendo ver la franca lealtad de Maximiliano de Baviera (1), quien reiteraba al Rey Fernando su constancia en los propósitos, ante manejos e intrigas de los calvinistas, cuya nobleza de conducta obedecía, en opinión del Embajador, «el haber sabido se han penetrado estas pláticas le hace proceder con mayor cuidado». Pero los momentos eran críticos y tuvieron justificación las impresiones vertidas al final de su carta, realizándose presagios y temores con la ingénita barbarie de la guerra, superior en todo a lo imaginado o presentido. «La principal razón que detiene a todos los émulos de Vuestra Majestad y refrena a los calvinistas para no estorbar esta elección, es persuadirse a que no la pueden impedir sin mover una guerra injusta y peligrosa para ellos y si las cosas de acá están de manera que no teman la potencia de Vuestra Majestad, sin duda cobrarán ánimo y por ventura emprenderán lo que hasta ahora no se han atrevido a intentar y si lo hiciesen, se encendería un fuego que costase después millones lo que ahora, con sólo tener millares y sin gastarlos, se pudiese remediar.»

* * *

La Constitución del Imperio prohibía las Ligas particulares pero, a pesar de defenderlas, existían en el seno de aquél, respondiendo a la ideolo-

(1) Viena, 13 de mayo de 1618.

gía de sus componentes, dos asociaciones de importancia, nacidas en los días de Rodolfo II. La Unión Protestante, fundada en Ahausen el 12 de mayo de 1608, a la que concurrieron Wolfgang-Guillermo de Neuburg Conde Palatino, el Margrave Federico de Baden-Durlach, el joven Margrave Joaquín Ernesto de Brandeburgo-Ausbach, el Duque Juan Federico de Württemberg y Cristián de Anhalt; la alianza defensiva y mutua de sus miembros, la inclusión de los calvinistas en la paz de Augsburgo y el mantenimiento en la posesión de los bienes eclesiásticos invadidos, eran sus fines principales. El 10 de julio de 1609 se constituyó en Munich la Santa Liga Alemana, bajo la dirección de Maximiliano de Baviera integrada por los tres Electores eclesiásticos, los Obispos de Würtzburgo, Augsburgo, Passau y Constanza el Abad de Kempten y el Prior de Ellwangen. Sostenedor de la Liga, con el nombre de Protector y principal elemento suyo, fué Felipe III quien contribuía a sus fines con 30.000 florines mensuales, según ofreció Don Baltasar de Zúñiga y no siempre debían ser regularmente abonados, pues el Conde de Oñate hacía presente al Monarca: «Es más que necesario que Vuestra Majestad se sirva de mandar ordenar de dónde o cómo se ha de proveer esto.» Durante el reinado del Emperador Matías, ordenó (3 abril 1617) la disolución de ambas; pero la orden fué desobedecida y la pujanza de una y otra quedó bien pronto palpable. La preparación de la Dieta Electoral y la situación angustiosa de dinero para hacer frente a pensiones y preparativos electorales, tenían absorbida la atención del Embajador. Los mercaderes que habían prestado dinero y otras personas, fiadas de su palabra, que también le habían hecho adelantos, a quienes no se habían cumplido los plazos y habían esperado más de lo debido, «temo, y con mucha causa, se resolverán a perderme el respeto y hacer alguna diligencia pública o judicial, pues al fin le será éste menor inconveniente que quebrar, porque no tienen caudal para tanto peso». «Las pensiones del Imperio aún me afligen más, porque los Electores de Maguncia y Colonia, que son los que importan más de 40.000 florines, las piden con duplicadas cartas, especificando para los gastos de este convento y el de Maguncia ha cedido alguna parte, que lo he sentido en el alma, pareciéndome es desconfiar; si no les pago en tal ocasión de necesidad han de creer, o no se puede, o no se quiere hacer; debo esperar que la suma prudencia de Vuestra Majestad mandará considerar los grandes daños que de cualquiera de estas dos cosas resultarán, para mandarlo remediar tan pronto y largamente como la necesidad, brevedad y importancia del negocio lo pide; suplico humildemente y instantísimamente a Vuestra Majestad no permita que por 300.000 ducados, que si bien en la estrechez presente son muchos, en los Reynos de Vuestra Majestad no son imposibles de hallar, se desdore el haber Vuestra Majestad, con tanta gloria de su Real nombre y reputación de su Imperio, amparado la Religión católica de

Alemaña, asegurado la sucesión de los Reynos y Estados patrimoniales de la Casa de Austria, defendíolos y a la dignidad imperial con tanta costa y trabajo tantos años y en tiempos tan difíciles, faltando en el último lance al mayor negocio que hay ahora en el mundo.» Los aprestos para la jornada de Ratisbona seguían llamando su atención, habiendo tenido una entrevista con el Archiduque Maximiliano, de quien recelaba el Emperador, y por su consejo le habló de su lealtad y cómo había procurado su grandeza por lo pasado y renunciado a la propia sólo por el servicio de Dios y bien de su Casa. «Después de esto, me apretó en que Vuestra Majestad socorriese al Emperador para esta jornada con alguna buena suma; me volvió a llamar el Señor Archiduque y me dijo se había hallado muy bien con mi consejo, habiendo hablado y quedado en mucha conformidad con Su Majestad Cesárea y halládole muy bien dispuesto para la jornada de Ratisbona y que él lo procuraría adelantar cuanto pudiese, añadiendo que no había hasta ahora recibido ni pedido ninguna merced a Vuestra Majestad ni al Rey nuestro Señor, de gloriosa memoria; que por la primera deseaba que Vuestra Majestad se la hiciese de socorrer al Emperador para esta ocasión, diciendo la recibiría por propia suya y me pidió encarecidísimamente que yo la hiciese o prometiese; yo le aseguré que la estrechez presente y el faltarme orden de Vuestra Majestad me imposibilitaba de hacer lo uno y lo otro. Después de esto, me mandó el Emperador detuviese este correo y fuese a hablarle; díjome Su Majestad había promovido la sucesión de Bohemia y Hungría por servicio de la Religión y beneficio de su Casa y por el mismo deseaba ir a esta jornada del Imperio y para remedio de la estrechez en que se halla, me pedía yo le hiciese algún socorro, que sería aumentar las obligaciones que tiene a Vuestra Majestad; yo le respondí no tenía orden de Vuestra Majestad, ni caudal para hacerlo, que avisaría de lo que me mandaba y que si bien la ocasión es muy apretada por los inmensos gastos que ha hecho la Real Corona de Vuestra Majestad y los que ha menester hacer para esta misma elección, del deseo que Vuestra Majestad tiene de su grandeza y de la Casa de Austria y de acudir a todo lo que fuere su gusto, se podía esperar todo lo que fuese posible, pareciéndome dar esta poca esperanza para que se animen tanto más a las prevenciones de la jornada y quitar este pretexto a los que la procuran alejar y dejé la puerta abierta para que Vuestra Majestad pueda mandar responder lo que fuere servido.» Como recibiera orden del Rey de abonar sus sueldos al Conde de Furstemberg y a César Rimini, añadía sentenciosamente, como adecuado comentario a la situación económica del Reino: «me parece necesario suplicar a Vuestra Majestad mande considerar cuántos inconvenientes se siguen de ir cargando tanto esta Embajada, viniendo tan cortas las provisiones».

El 29 de mayo dió cuenta Matías al Conde de Oñate de lo sucedido en

Praga seis días antes, uno de los hechos históricos de más trascendencia en la Edad Moderna, que describía así el Embajador: «El Abad de Brumovia (Braunau), en el Reino de Bohemia, los años pasados se quejó al Emperador de que sus vasallos, contra su voluntad, fabricaron una iglesia luterana en su tierra; el Emperador les mandó que no lo hiciesen hasta que tuviese mejor información del hecho y derecho; ellos acudieron a los defensores de la religión luterana, los cuales dijeron prosiguiesen su fábrica, porque el mandato del Emperador era contra sus privilegios; acabóse la iglesia y después de algunas demandas y respuestas, el Emperador mandó el año pasado se cerrase esta iglesia, y fueron dos veces en comisión suya a hacello y los vasallos lo resistieron, oponiéndose todos juntos.» En efecto, puntual e ingenua es la referencia diplomática relativa a los disgustos del Abad de Braunau, Wolfgang Selender, con sus súbditos protestantes, que determinó la Dieta provincial de Praga el 11 de noviembre de 1611 y la decisión imperial opuesta a la edificación de la iglesia, que no tuvo efectividad, aunque se volvió sobre ello, por haber surgido un conflicto semejante en 1614, de que se hace eco Oñate: «El Arzobispo de Praga se quejó al Emperador los años pasados de que sus vasallós habían fabricado una iglesia luterana en sitio propio suyo siguióse pleito, adjudicóse la iglesia al Arzobispo y él la derribó.» Ocurrió eso en Klostergrab, feudo eclesiástico dependiente de la Abadía de Ossegg, el Arzobispo de Praga, Juan Lohelius, que fué Abad de aquélla y promotor del restablecimiento del culto católico en Bohemia, se apoderó de la iglesia protestante y la destruyó. Causó esto un efecto enorme en todo el Imperio, pues hasta entonces el Emperador no había pasado de las amenazas a las obras. No resistimos al deseo de trasladar el relato del despacho de nuestro Embajador con los acontecimientos subsiguientes, en que se hace intervenir al Conde Enrique de Thurn. Establecido en Bohemia después de la paz de Zsitwa-Torok y de los grandes hechos de armas en que tomó parte contra el Turco, Burgrave de Karlstein, cargo tan honorífico como lucrativo, que dejó por haberle promovido el Rey Fernando al de Gran Chambelán, más importante, aunque de menos rendimiento; eso servía a los reyes para defenderse de la inamovilidad de los altos funcionarios de la Corona, elevándolos a los más preeminentes, aunque fueran positivamente menos importantes. Herido Thurn en su amor propio, no dió plazo al resentimiento, convocando en el Carolinum de Praga, Dieta provincial de Bohemia el 6 de marzo de 1618, para protestar de lo acaecido en Braunau y Klostergrab; la mayoría de los asistentes no eran partidarios de medidas extremas, pero pudo más una minoría violenta y decidida; «con pretexto de que en esto se les hacía agravio, y irritado el Conde de la Torre por un oficio que le quitó el Emperador de más valor por otro que le dió en el Reino, hicieron él y los demás defensores una junta a los cinco de marzo pasado, llamando a todos los Barones herejes y ciudades del Reino, las

más de las cuales, ni las de Praga, no quisieron concurrir en esta junta y escribieron al Emperador como debían; viéndose los Barones más solos de que pensaban, difirieron la junta sin resolver nada, para otra en el mes de mayo, a la cual vinieron los más Barones herejes de aquel Reino, y a los 23 subieron al castillo gran tropa de ellos de criados y pueblo, cuyas cabezas eran el Conde de la Torre, Esmerxisqui (Alberto Smiriçky), el Barón de Felxs (Colonna de Fels), un Conde Slig (Schlick) y Ulderico Quinzqui (Kinzsky), y entraron juntos en la Cancillería, que es tribunal donde estaban los lugartenientes del Emperador en Consejo, y después de haber dado algunas quejas de palabra y por escrito contra Eslavata (Slawata), Juez Mayor del Reino y Esmijanzzqui Burgravio de Carlestan, sin querer oír sus respuestas, sacaron del Tribunal al Burgravio de Praga y Gran Prior de Bohemia de la Orden de San Juan y echaron a los otros dos y a un secretario por la ventana abajo, y aunque la altura dicen es de 60 pies, y al Esmijanzzqui (Martinitz), que se levantó luego, le tiraron algunos pistoletazos, fué Dios servido de que se librase, y el Eslavata, que dió mayor golpe, se espera no morirá. Hecho esto, hicieron que los soldados les jurasen de tenerle por ellos, nombraron otros recibidores de las contribuciones del Reino y deputaron 36 personas de Barones nobles y ciudadanos para directores del Conde de la Torre. Han publicado un manifiesto en su defensa, declarando las causas que los han movido a lo que han hecho; en habiendo lugar para traducirle, si fuere cosa sustancial, se enviará» (1).

Esa fué la impresión que tuvo la Corte de Felipe III de la Defenestración de Praga, hecho trascendental en los orígenes de la Guerra de los Treinta Años, en que los bohemios, resucitando la vieja costumbre del país, aplicaron a Slawata, Martinitz y Fabricius, el tradicional castigo del Reino, de modo análogo a lo practicado dos siglos antes con los Consejeros del Emperador Segismundo; y suerte excepcional la de las víctimas, juntos en el foso del castillo y blanco de los asesinos, que disparaban sobre ellos desde las ventanas, lograron llegar, ayudado Slawata por fieles servidores que acudieron a su socorro y yendo Martinitz por sí mismo, a casa del Archicanciller Lobkowitz, donde la hospitalidad y la entereza de Polixena de Lobkowitz hizo frente a Thurn, y les aseguró su salvación. Martinitz salió disfrazado aquella tarde como sirviente de su médico Thomason, atravesó el Alto Palatinado, sin hospedarse más que en los conventos, por miedo a la traición y llegó a Munich, donde Maximiliano de Baviera lo acogió lleno de amistad y a poco fueron su mujer y sus ocho hijos a reunirse con él. Slawata tardó en curar de sus heridas, su mujer fué a pedir a la Condesa de Thurn interviniera en su favor y quizás ésta, con el presentimiento del porvenir accedió al ruego, segura de tener algún día que hacerlo en favor

(1) Viena, 17 de mayo de 1618.

del Conde, se le perdonó la vida y al año siguiente, residiendo en Toeplitz, logró pasar la frontera de Sajonia, internándose en este país. En cuanto al secretario Fabricius pagó la animadversión de los conjurados contra Michna, no encontrando a éste, traspasaron a aquél su furor, yendo a parar al foso y recibiendo poquísimo daño; se evadió el mismo día, repuso sus fuerzas en una casa de campo de Altstadt y el 16 de junio contaba al Emperador el suceso de que fué víctima y testigo. Eso le valió su ennoblecimiento años adelante y el significativo nombre de Hohenfall (1). El 30 de mayo, el Camarero Mayor y Canciller de Bohemia pedía a nuestro Embajador su opinión sobre los graves sucesos de Praga, que evacuó con su nativa sinceridad y sobrado buen juicio. El caso parecíale gravísimo y fuera de duda su castigo, moderando la pena con la acostumbrada clemencia. No podía hacerse sin armas, porque los fieles estaban oprimidos y los rebeldes necesitados de defenderse, como lo probaban en las levadas hechas, en la percepción de las rentas reales y en la posesión del castillo. Arreglándose la cuestión sin autoridad y sin fuerza, «no excusa S. M. la guerra, ni aun la difiere, porque los que han pasado tan adelante, si tienen fomento externo, no pararán en lo hecho, aunque el Emperador lo disimule y si no le tienen, buscarán asistencias y las hallarán en los muchos émulos de la Casa de Austria, los cuales se las darán tanto mayores, cuanto más poderosos los hubieren conocido y no hay causa para pensar que sólo el odio de dos ministros les haya movido a tan gran desacato, ni para dejar de creer que la gravedad del delito y facilidad con que hubieren alcanzado su intento les hará resolver a procurar acabar lo comenzado. El Emperador tendrá tanto menos poder y asistencias para defenderse, cuanto más flaqueza mostrare al presente y más reputación hubiere perdido». Proponía luego escribiese el Emperador al Burgravio de Praga para que levantase gente, pero que si los sublevados abandonaban el castillo ocupado y suspendían las levadas ordenadas, se enviarían comisarios desapasionados para resolver en justicia del caso y acreditar el ánimo de S. M., deseoso de no hacer a sus súbditos nada en contra de los mismos en materia de religión ni de política. Con esto se conseguía, si no aceptaban, poner de manifiesto la obstinación de los rebeldes, los neutrales harían reflexión de tan benígnas ofertas y todos los Príncipes desapasionados se darían cuenta de la rectitud de acción del Emperador. Dar cuenta a los Príncipes protestantes, pidiéndoles no se mezclen en ello, y haciendo ver el peligro que a todos se seguiría si los vasallos perdían el respeto a la autoridad. A los Príncipes de la Liga Católica, participarles lo sucedido y en especial además al Duque de Baviera acercase tres mil hombres a la frontera a las órdenes de Mr. de Tilly y al Arzobispo de Salzburgo, que reclutase mil o mil quinientos caballos, que tomaría el Em-

(1) Charveriat, siguiendo a Gindely: Geschichte des böhmischen Astandes.

perador a su costa, caso de no hacerlo aquel Prelado. Pedirle al Duque de Sajonia su consentimiento para reclutar 500 caballos, con lo cual, aunque de poco efecto para la guerra, se quitan al enemigo, y se desvirtuaría el carácter religioso del conflicto viendo al Elector declarado por esta parte. Comunicar al Archiduque Alberto lo pasado, para que con su ejército tomara medidas para contener a los holandeses y a los Príncipes protestantes. Asimismo deberían ser informados los Reyes de Francia y Polonia, el Duque de Lorena y aquellos otros a quienes se creyera oportuno hacerlo. Sin perder tiempo, debería acudir a las armas el Emperador, pues si la fuerza no apoyaba la emprendida negociación, no serviría ésta de nada, cosa fácil entonces y difícil desde el momento en que los rebeldes fueran los primeros en poner su ejército en acción; «forzoso es que S. M. se esfuerce en procurar apagar esta llama pronta y poderosamente, considerando que en esto se acortará una larga guerra que se cobrará con muchas ventajas la que ahora se gastare de los culpados de Bohemia» (1).

Las levadas que podría hacer el Emperador eran: Un total de 9.000 infantes en Austria, Moravia, Silesia y Lusacia, con los de Salzburgo. En las mismas provincias, 1.500 caballos, cuya leva debería verificarse sin pérdida de tiempo. El ejército del Friuli, compuesto de 2.000 infantes del Barón de Crehange, los 500 caballos de D. Baltasar de Marradas y los 300 del Conde de Dampierre, al cual sería preciso proveerlo de artillería, preparando para ello ocho piezas en Viena. Estos contingentes del Friuli se comprometía Oñate a sustentarlos hasta recibir orden de España, y metidos en las provincias rebeldes, los culpados los sustentarían y pagarían luego, encontrándose así con tropa regular, cuyo reclutamiento nada había costado, ni lo mismo su entretenimiento, siendo gentes aguerridas y avezadas a la guerra. Pareció al Emperador este expediente aceptable, aunque no se hacían los preparativos con la prontitud precisa a la gravedad del intento. Los refuerzos del Friuli partieron a últimos de junio y los contingentes de Crehange el 2 de julio y en cuanto les dejasen paso por Austria Superior, marcharían al socorro de Budwais; había buscado dinero el Embajador para darlo a unos y otros y «hago cuanto puedo para conservar el crédito que la Real paga de Vuestra Majestad tiene en Alemania». Insistía en que «las dilaciones son tan grandes y los daños que de ellas resultan tan conocidos, que me obligaron a escribir al Emperador un papel que ha hecho poco efecto por la confusión y pasiones de estos ministros, pues hay pocos que escapen de estas cualidades». Se unía a eso la actividad del Conde de Thurn y su marcha sobre Budwais y como de la lentitud en los aprestos de guerra se temiera la imposibilidad de la resistencia de la plaza, lo que haría a los rebeldes marchar por el Alta Austria, donde

(1) Viena, 6 de junio de 1618.



abundaban los herejes, y así al tener noticias las provincias patrimoniales de lo sucedido en Bohemia, «viendo la facilidad con que los de Bohemia ejecutaron tan gran insolencia, cundía el movimiento entre los habitantes de Moravia y Silesia para juntarse a ellos y hacer forma de República, cosa que se ha hablado ya; y si por los pecados de estos pueblos, la permitiese Nuestro Señor, quedaría todo perdido, con muy poca esperanza de poderlo recobrar».

El peligro era grande y como el Emperador no estaba en situación de podérselo comunicar ni mucho menos al Cardenal, fué el Conde de Oñate en persona a Posonia para hablar al Rey Fernando, donde resolvieron era el primer paso, para poner remedio en todo, apartar al Cardenal de los negocios. Exigía aquel estado de cosas el envío de un cuerpo volante de 10 o 12.000 hombres de Nápoles o Flandes, cosa más eficaz y preferible a la paga allí de un regimiento y como ello implicaba una cabeza directora, «porque desto hay aquí mucha falta», proponía al Conde de Buçoy. Como la guerra «se ha de alargar y costar mucho, o componerse el negocio con grandísimo daño, en caso que Vuestra Majestad no mande socorrer al Emperador más que ordinariamente», proponía el Embajador, «que dado lo difícil por parte del Emperador de pagar la gente, sería más fácil pedirle, así como al Rey Fernando, asegurasen el principal y réditos de lo que se gastase sobre los bienes de los rebeldes de Bohemia, que son de gran cantidad (cuatro millones de florines), y en caso que éstos, por algún accidente no se pudiesen haber, sobre las rentas patrimoniales del Condado del Tirol para después de los días del Señor Archiduque Maximiliano; este es el único medio que yo hallo para en alguna manera asegurar este gasto» (1).

La visión de la guerra general está clara en los despachos del Conde de Oñate; al dar cuenta de la visita del Barón Scomburg, Coronel que había sido en el Friuli, habla de los movimientos de tropas del Elector Palatino, y dice al Rey: «lo que se ve hasta ahora amenaza una guerra universal en el Imperio entre católicos y protestantes», la que no pasaría a mayores si los de la Liga Católica hubieran estado más unidos, como por medio del Secretario Bruneo se lo representó diferentes veces, cuando además, «los Prelados del Rhin son tan ricos, que contribuyendo a Su Alteza o al Conde de Vaudemont, pueden tener gente pronta para asegurarse del Palatino y de sus adherentes» (2).

La poca confianza que Khléssel inspiraba, se tradujo en el envío del Archiduque Maximiliano a Austria Superior, sin fuerzas para sujetar aquella provincia y más como pretexto de eludirlo; los recelos aumentaron, y la idea ya apuntada de alejarlo del Emperador se generalizaba, según manifestó un capuchino, el Padre Román, al Rey de Hungría.

(1) Viena, 26 de junio de 1618.

(2) Viena, 27 de junio de 1618.

Su proceder imprudente justificaba la actitud de todos, pues publicó la necesidad de quitar los privilegios a los herejes de Bohemia, «cosa que sería muy conveniente si el negocio se pusiese en estado de poderlo executar, y muy dañosa para publicada ahora». La distancia impedía a la Corte española estar al tanto de estos movimientos, y cuando en aquellos días escribía en ese sentido Oñate, de Madrid le ordenaban, ofreciera al Cardenal el aumento de su pensión, que era de 3.000 escudos hasta 10.000, siempre que procurase dar feliz término a la elección de Rey de Romanos en la persona del Rey Fernando, dejando al arbitrio del Conde declararlo en la ocasión más oportuna. Atinada fué la respuesta del Embajador y clara muestra de su poca inclinación a quien la merced se enderezaba. «No se puede tratar de la elección de Rey de Romanos hasta después de compuestas las cosas de Bohemia y aquietadas las armas y ruido que ha levantado en el Imperio la ocupación de Udenheim y así, suspenderé el decirle esto para cuando sea menester, porque ahora, no sólo no se sacaría fruto de esta merced, antes se ofenderían de ella el Rey Ferdinando y el señor Archiduque Maximiliano, y todos los buenos lo sentirían, de manera que se podía temer mucha alienación del servicio de Vuestra Majestad, porque es increíble el odio que todos le tienen» (1).

La marcha de Thurn hacia Budweis y Pilsen, las dos ciudades católicas de Bohemia que se resistían hasta la llegada del Conde de Bucquoy de los Estados de Flandes, ocupaba la atención de Oñate: «Budweis se defiende; según los últimos avisos, aún no habían comenzado a abrir trincheras, de que se puede juzgar que en todas partes se hacen descuidos, y que ellos no tienen tanto caudal como publican.» El socorro fué de 2.000 infantes y 600 caballos y 1.500 húngaros, mandados por el Conde de Dampierre, y seguiría a este primer refuerzo otro de 4.500 infantes alemanes, pagados por el Emperador y 2.000 del Regimiento de Crehange, pagados por Felipe III y 2.000 caballos, cuyos coroneles eran D. Baltasar de Marradas y el Conde Puchan, con alguna artillería mandada por el Coronel Fuchs; el Barón Ram fué nombrado Comisario General del Emperador, debiéndose su designación a su gran amistad con Khléssel, frente al candidato del Rey Fernando y del Archiduque Maximiliano el Presidente del Consejo de Guerra, el Barón Juan de Molart. «Todo se hace con el ordinario espacio de Alemania, y es gran lástima que, habiéndose previsto y dicho la importancia de la brevedad, y conociendo todos que si lo que ahora se hace se hubiera hecho un mes há, estuviera acabado el negocio, no basta para que se den prisa» (2).

La necesidad de volver a encuadernar la Liga, tan desunida en aquellos días, es obligación a que se consagra, aunque los inconvenientes eran

(1) Viena, 7 de julio de 1618.

(2) Viena, 13 de julio de 1618.

varios, no el menor la actitud del Elector de Maguncia, a quien persuadían algunos ministros suyos, «que estando bien con el Palatino y no dándole sombras, se mantendría más quietamente en su vida, y como este consejo tiene por su parte el no gastar, es admitido del Elector». Sagaz observación esta última, suficiente en todos los tiempos para alterar o conservar actitudes en la humanidad. En aquellos días supo Oñate la llegada a Praga del Conde de Solms, enviado del Elector Palatino para la serie de intrigas que urdía entonces, prelude de su ruptura definitiva al año siguiente. «El Conde de Solms, su mayordomo mayor, fué enviado a Bohemia. El pretexto de la jornada es persuadir a los bohemios que obedezcan al Emperador; yo creo será esto así, si les pareciere que los bohemios no podrán salir con su intento, y que si viesen apariencia de lo contrario, los fomentarán cuanto pudieren.» El Papa ofreció para la guerra 10.000 florines al mes, que no habían de parecer de gran socorro al Emperador, «por ser tan pocos para la necesidad y tan desigual este socorro de otros que la Sede Apostólica ha hecho para menos ocasiones». La situación de la Liga sigue siendo tema de su ocupación y correspondencia, como quiera que Federico V hubiera dirigido sus armas contra el Obispo de Spira, desmantelando y ocupando Udenheim. «Estando la Liga de los protestantes tan unida como se ve, y la de los católicos casi disuelta, justamente se pueden temer muchas cosas semejantes a la que el Elector Palatino ha hecho con el Obispo de Spira, y que al fin se vendrán a perder los católicos, si Vuestra Majestad, por su grandeza, no toma el peso de su defensa, que no es pequeño, no teniendo Estados ni asistencias de Alemania, ni otro fin ni interés que el del bien público; por obviar a Vuestra Majestad estos daños y excusar a Vuestra Majestad tan grandes gastos, voy haciendo las diligencias que me parecen convenientes para volver a encuadrar la Liga Católica y el suceso de Bohemia y de Spira han despertado algunos Príncipes y entre ellos al Duque de Baviera, para oír esta plática de buena gana y por medio del Duque de Neoburg, me ha enviado a preguntar si el Emperador holgará de ella y si querrá entrar la Casa de Austria; yo no he podido responder por las revueltas de esta Corte, mas bien pienso se vencerán las dificultades de aquí; sólo temo al Elector de Maguncia, que es amigo de su dinero y ahora me dicen está persuadido que, contemporizando con el Palatino, se mantendrá con menos costa.» Los protestantes, aquellos días afianzaron su unión, y en despacho del mismo día le sugería tal medida el siguiente comentario: «La autoridad del Emperador está tan decaída, que yo no veo otro remedio a las cosas de Alemania que volver a establecer la Liga Católica, y así lo voy procurando; Dios lo quiere, pues es cosa suya» (1). Antes de insistir

(1) Viena, 18 de julio de 1618.

en punto tan esencial e importante, habían de solicitar su atención otros sucesos, y entre ellos no era el menos grave el de la salida del Cardenal Khléssel.

«La poca satisfacción que he avisado a Vuestra Majestad tenía el Rey Ferdinando y el Archiduque Maximiliano del Cardenal Cleselio, creció tanto, y fueron tan grandes las quejas de los buenos y males de las provincias patrimoniales y del Imperio, resultaban tantos daños de tener el Cardenal tan perdido el crédito, que se resolvieron Su Majestad y Alteza de apartarle de aquí; y aunque a mí me comunicaron esta determinación, no me atrevía a contradecir lo que tan generalmente se deseaba.» Para ello entendieron convenía contar con el Emperador, pidiéndole su licencia; aunque era peligroso, pues si no se avenía a sus propósitos, sería luego forzoso ejecutarlo en contra de su voluntad. El 20 de julio lo llamó el Archiduque Maximiliano, y llegó allí a las dos y media, en la antecámara del Archiduque, en la Hofburg de Viena, el Presidente Scilfrit primer Gentilhombre de la Cámara, le comunicó la voluntad de los Príncipes; se hizo de nuevas y sin resistencia alguna, acompañado de él y de los Condes de Dampierre, Collalto y Montecuculli, y del Capitán Brus, salió por un pasadizo secreto que daba a un portillo de la muralla, donde les esperaba un coche y tan secretamente lo realizaron que nadie lo supo; viajaron renovando los caballos frecuentemente y sin parar casi, hasta Styria. El Barón Eckemberg visitó a Oñate para pedirle interpusiera sus buenos oficios con el Emperador y demás personas a quienes afectaba la determinación adoptada. A las cinco fueron los Archiduques a ver al Emperador y aunque Gindely afirma que, conociendo Matías su impotencia para tomar una resolución, se contentó con mostrar su indignación mordiendo con furor las sábanas del lecho, afirma, por el contrario, Oñate: «mostró sentirlo mucho, y en aquella audiencia les habló ásperamente, de que, pasado el primer movimiento, le pesó y les envió a dar alguna satisfacción. Los herejes lo han sentido por la estrecha inteligencia que tenían con el Cardenal; de los católicos, sólo el Barón Ruen y Maximiliano de Traumentorf, lo han sentido por particulares pasiones con los otros ministros y por no haber tenido parte en el Consejo de echarle, los cuales fomentaron algo el disgusto del Emperador».

No duró mucho éste, pues el 29 de julio, a las nueve de la mañana, el Rey y el Archiduque se entrevistaron con el Emperador, quien los abrazó y trató con muchas demostraciones de buena voluntad, conviniendo en que la persona del Cardenal sería tratada decentemente y estaría a la disposición de Su Santidad en el Tirol o en los Estados del Rey y que Preyner no volvería sin licencia del Emperador. «En esta conformidad se ha dado cuenta a Roma; yo he avisado al Cardenal Borja procure que Su Santidad y el Colegio de los Cardenales reciva este negocio con la buena

intención que el Rey y el Señor Archiduque le han hecho» (1). Tuvo el Emperador a poco un nuevo ataque de gota que le llegó al hombro izquierdo, pero se inició pronto la mejoría; además, «está de todo punto olvidado del Cardenal Cleselio, en cuya casa se hallaron cosa de 200.000 florines, con que se va pagando la gente de guerra de Su Majestad; en todo el Imperio ha sido bien recibida su separación; he visto carta del Elector de Maguncia aprobándola mucho y el Obispo de Spira me ha escrito que ahora se atreve a hacerlo».

La Liga Católica y su refuerzo vuelve a ser tratado por el Embajador. El Archiduque Maximiliano, «aunque por una parte desea descargarse del embarazo de su directorio», se inclinaba sólo a reformarla. El Duque de Baviera deseaba quedar solo al frente de ella. El Elector de Maguncia, receloso de su vecino el Palatino, no osaba hablar, pareciéndole que con esta conveniencia pasaría el resto de su vida con más quietud y menos gasto. El Obispo de Spira dudaba de la eficacia de la Liga, y se inclinaba a que el Emperador, pidiendo ayuda a los Príncipes obedientes al Imperio, forzara a los otros. Estos pareceres no carecían de dificultad, según Oñate, La Liga estaba casi disuelta por la flojedad del de Maguncia y la división de la dirección entre el de Baviera y el Archiduque Maximiliano; poner toda ella en manos de aquél, equivaldría a constituirle tan poderoso en Alemania, que el propio Emperador podría recelar de él, y además la imposibilidad de poder el Duque desde su Estado acudir al socorro de los Príncipes del Rhin. Dejar correr el negocio, como hacía el de Maguncia, era el peor medio, pues difícilmente se podría luego arbitrar algún medio, si entonces no se remediaba. Mover la guerra el Emperador con las asistencias de los Príncipes obedientes, tenía muchas dificultades y peligro, por lo difícil de persuadir al Emperador, porque aun persuadido, sus enfermedades y achaques serían grave obstáculo y las asistencias de los Príncipes no serían suficientes. Como el refuerzo era inevitable, para lograrlo, proponía Oñate que aprobada tácitamente por el Emperador y el Rey de Bohemia, como ellos no formaban parte de la misma, tampoco debería incluirse al Archiduque Maximiliano y en su lugar, al Marqués de Burgaut, con los Estados de Alsacia y Suevia y las ciudades y personas dependientes de la Casa de Austria, y bajo la dirección del Duque de Baviera se incluiría a todos los Príncipes, desde el Palatinado a Austria y también el Archiduque Alberto, quedando así dos directorios bajo el mando del Duque de Baviera y del Archiduque, llamados del Danubio y del Rhin; de ello «se seguirían tan conocidas utilidades a todas partes, que no parece necesario cansar a Vuestra Majestad con refe-

(1) Viena, 1 de agosto de 1618.

rirlas»; como la separación de los distritos y la conformidad entre los Directores no darían causa para disentir en nada, tendrían la autoridad necesaria para obligar a los Príncipes confederados al cumplimiento de lo pactado. La situación ventajosa y decisiva del Duque de Baviera hacía pensar se vendería caro, pero la necesidad justificaba su actitud y para evitar creyese tenía Felipe III en ello gran interés, no le habló directamente Oñate, y sí por medio de su secretario Bruneo. El servicio de Felipe III, la situación de los negocios en la Corte Imperial y la gravedad de las circunstancias obligaban al Conde a permanecer en su puesto, no obstante la complicación que para su vida suponía la actitud del Conde de Villamediana, su tío materno, de quien decía al Rey: «El demasiado lucimiento del Conde de Villamediana ha puesto su hacienda en el estado que se sabe y irritado de que yo procuro irle a la mano para que no acabe de destruir su casa, ha puesto nueva demanda a mis hijos por vía de jactancia, pretendiendo que el mayorazgo que su padre hizo con facultad de Vuestra Majestad y tanto acuerdo, es nulo, y todos los bienes en él comprendidos libres a su disposición y por mandato del Real Consejo de Vuestra Majestad, por no tener mis hijos edad para poderse y saberse defender, siendo este pleito de cantidad y calidad tan grande y hallándome yo obligado a defenderle por obligación natural, me es fuerza suplicar humildemente a Vuestra Majestad se sirva de mandarme dar licencia por algún tiempo para que pueda ir a esa Corte y a lo menos introducir la defensa de este pleito; y si esto, por las ocasiones presentes del Real Servicio de Vuestra Majestad tuviera dificultad, a lo menos se sirva de mandar al Consejo sobresea en este pleito hasta que yo pueda sin este inconveniente acudir a él, lo cual me dicen es conforme a la ley de Vuestra Majestad que dispone que no se pueda poner nueva demanda a los Embajadores que estuvieren fuera de estos Reinos por el tiempo que durase su embajada, en que Vuestra Majestad hará igualmente merced al Conde de Villamediana, a mí y a mis hijos, pues lo que yo pretendo, en efecto, es beneficio del Conde y de los hijos que debe esperar de Nuestro Señor.»

Es cosa singular que en la misma fecha (22 de agosto) de estos despachos hacía presente su carencia de instrucciones y de noticias desde el 16 de mayo, así como la falta de provisión de dinero con que acudir a las necesidades de allá; «y porque me faltan palabras—añadía—con que decir de la manera que está esto y se podrá colegir de lo que tantas veces he escrito, no canso a V. M. con duplicado, si bien la necesidad va creciendo con el tiempo». Después del 22 de agosto llegó a Viena el Archiduque Maximiliano y se mostró poco propicio a dejar la dirección de la Liga, pues al entregarla al Duque redundaría en su gloria, con mengua de la Casa de Austria y sin embargo, el primer paso para restablecerla era aquél: «sin el Duque de Baviera no se puede hacer, ni él se contentará con

menos» (1). La falta de noticias, y sobre todo de provisiones, tenía a nuestro Embajador en grave aprieto, por «los grandes inconvenientes que se siguen de estar esto en tan extrema necesidad, y el sumo cuidado con que yo estoy deseando saber la Real voluntad de V. M. en las materias corrientes para acertar a servir y obedecer como debo»; obedecía ello a la situación creada por el levantamiento del regimiento del Barón de Crehanke. «Dios sabe que yo he procurado entretener esto cuanto he alcanzado y me ha sido posible, y que tengo por misericordia suya haber podido llegar hasta aquí, mas si por mis pecados permite que estas provisiones tarden, creo que el regimiento se amotinará, pues ha comenzado a dar muestras de ello, con tan notable perjuicio de las cosas de Bohemia, que podría por esto perderse aquella empresa y aun toda la Casa de Austria; suplico humildemente a V. M. se asegure que si con mi vida pudiera remediar esto, ni instara tanto a V. M. ni le escribiera con tanta congoja; y así, en cuanto al socorrer V. M. estas cosas, si bien a mí me aprietan harto de parte del Emperador, lo represento a V. M. tan moderadamente como se ha visto, mas no puedo dejar de importunar siempre a V. M. hasta que se sirva de mandar pagar lo que se debe.»

Llegaron, por fin, las órdenes de la Corte de Madrid, y en carta del Rey, de 30 de julio, se le mandaba decir en secreto al Canciller de Bohemia y al Barón de Eckemberg recibirían el Toisón, y es harto humana la observación que ello sugiere al Embajador, que se acredita de conocedor de sus flaquezas, entre las cuales es la más extendida, la vanidad: «y porque en Alemania se calla poco y no pienso que es necesaria esta diligencia para que ellos acudan como deben al servicio de la Casa y por ser cierto que el Barón de Megan, Camarero Mayor del Emperador, que hace oficio de Mayordomo Mayor y el Barón Ran, que son cabezas de dos facciones que ahora gobiernan la Corte, el Conde de Zolerem Presidente del Consejo Áulico, y el Príncipe Carlos de Lichtenstein, que tiene autoridad en Moravia y en esta provincia, sentirán que los dos se adelanten, tendría por más conveniente el irlos entreteniendo con buenas esperanzas hasta que el tiempo aconseje otra cosa» (2). Vinieron también con ellas las ayudas de costas para personajes y las provisiones para Oñate; le mandaron letras de 100.000 florines de 95 taleres y orden para valerse sobre el Consejo de Hacienda, «mas el mismo negocio lo hace imposible—decía el Conde—, porque los acreedores que aquí tengo son la gente de guerra, los pensionarios y algunos mercantes y caballeros que por amistad y interés me han prestado. Los soldados y pensionarios no es tratable que acudan allá, los mercantes no tienen tanto caudal que puedan aguardar tantas largas, ni corresponsa-

(1) Viena, 22 de agosto de 1618.

(2) Viena, 4 de septiembre de 1618.

les en esta Corte para admitir este partido». Seguía luego la distribución de la cantidad recibida; destinaba parte de la suma a acabar de pagar la caballería de D. Baltasar de Marradas, que desde el 17 de junio había pasado a servicio del Emperador, y no podía excusarse de hacerlo; al Duque de Neuburg le pagaría a cuenta de su pensión nueve mil florines que se le debían, y al Barón Ran, veinticinco mil florines por él prestados, con sus intereses, «que no puede excusar, por haber mostrado demasiado sentimiento por no habérselo yo podido pagar al plazo que le había señalado»; lo sobrante lo destinaba al pago del regimiento, que no era posible reformar, aunque era necesario hacerlo y aquellos ministros lo pedían, «y las demás deudas quedaban en pie, con tanto daño y descrédito, que es Dios testigo no me atrevo a decirlo a V. M., a quien humildemente suplico mande considerar que el pagar lo atrasado es forzoso, y se sirva de dar orden para ello, pues de ninguna manera se puede pasar adelante en lo por venir, porque sin comparación es menor daño para el servicio de V. M. el pensarse que no se sirve de hacer algunas cosas, que no el verse que no se pueden cumplir las que ordena; yo debiera enviar persona a reputar a V. M. esto y lo mucho que dejo de decir y la extrema congoja con que quedo, mas el aprieto es tan grande, que reparo y me hará falta lo que hubiere de dar al criado que enviase». Otro de los extremos a que se contraían aquéllas, era procurar la investidura de Final, de que tuvo orden D. Baltasar de Zúñiga de ofrecer ciento cincuenta mil escudos; para ello se le enviaban las cartas de creencia necesarias.

Por medio del Rey Fernando, hizo correr la especie que, si el Emperador daba la investidura graciosamente, le asistiría con quince o veinte mil florines de costas cada mes y con tomar a sueldo los mil caballos que tenía D. Baltasar de Marradas; «con ello se sentirían menos los muchos dineros que de esos Reinos se sacan para estas partes». Le ordenaba Felipe III manifestara al Obispo de Spira la concesión de 1.500 florines sobre los dos mil que gozaba anualmente; «creo no recibirá a ésta por merced, porque para crecimiento de pensión pienso tiene puesta la mira en los siete mil florines que goza el Langravio Ludovico de Hasia (Hesse), con quien, por sus méritos y partes y por ser, en fin, Príncipe que le precede, le parece que puede igualarse; pareciéndome considerable esta cantidad para la estrechez de la Real Hacienda de V. M. propuse a V. M. el darle algún presente, y no sería poco lucido si se le pudiese pagar lo corrido y añadir cinco o seis feudos, y será más barato que la pensión que V. M. le crece, y se le podría dar en ocasión que pudiésemos obligarle a ir al Convento Electoral; a esto se junta que el estar ahora tan mal pagadas las pensiones es causa de que se estimen en menos». No mereció de la Corte de España aprobación la intervención del Embajador en las cuestiones promovidas para la remoción del Cardenal Khléssel y su alejamiento de la Corte; «me manda



Vuestra Majestad no me meta en las cosas del Cardenal Cleselio; como Vuestra Majestad ha visto en mis cartas, yo no cooperé en nada para su apartamiento; no pude reprobar la resolución, preguntándome el Rey y el Señor Archiduque Maximiliano mi opinión, porque sabiéndose cierto que él tenía intento de destruir la Casa de Austria y correspondencia con los herejes y con todos los émulos de ella, ocupando el lugar que en esta Corte tenía, era imposible hacer cosa buena, y la experiencia muestra ser esto verdad, pues en Alemania sólo los herejes sienten la salida del Cardenal, y fuera de ella, los enemigos de la Casa y las juntas y discursos que sobre esto han tenido los herejes son tantos y tan grande su sentimiento, que muestran con evidencia mayor daño del que pensamos y así lo entiende Su Majestad Cesárea y en el trato desta Corte se conoce cuán útil ha sido el faltar la mala intención con que el Cardenal guiaba las cosas» (1).

Las diversas actitudes de los Príncipes para formar la Liga, la necesidad apremiante de ésta y las apariencias de paz de los bohemios, aunque la intención fuese decidida de continuar la guerra, hacían necesario el envío a Madrid de César Gallo, a quien conocía muy bien D. Baltasar de Zúñiga; todo ello justificaba las palabras del Obispo de Spira: «Si a la primavera, de común consentimiento y con fuerzas unidas de todos los católicos de Alemania, no se hace guerra a los protestantes como la hizo Carlos V, primero se destruirá la Casa de Austria y consiguientemente toda la Religión católica en Alemania. Para obviar al presente este daño, Vuestra Majestad se servirá de enviarme orden de lo que he de hacer, sirviéndose de mandar considerar lo que dice un Prelado tan prudente y celante como el Obispo de Spira y que para atajar la guerra, o para hacerla si conviniere, es el único medio que los católicos vean aquí fuerzas de Vuestra Majestad con que se animen a declararse y juntar las suyas y porque el levantar mucha gente es de gran costa, sería mi opinión que Vuestra Majestad mandase enviar grueso golpe de dinero con órdenes de lo que fuese servido para que, si conforme a ellas y a las ocasiones del tiempo, se pudiese excusar el gastarlo, se excuse y Vuestra Majestad puede creer que el medio para no gastar es saber que hay aquí caudal para ejecutar lo que V. M. ordenare y por ventura no es la menor causa del atrevimiento de los calvinistas, el saber la necesidad con que estoy aquí» (2).

La gestión para que el Arzobispo de Salzburgo se declarase por el Emperador no dió resultado, pues respondió lo haría cuando todos los Príncipes católicos asistieran a la causa común y al Emperador «él lo haría con todas sus fuerzas y con particular estimación de ser tan criado de Vuestra Majestad, mas que el declararse uno solo será de poco servicio a Su

(1) Viena, 24 de septiembre de 1618.

(2) Viena, 30 de septiembre de 1618.

Majestad Católica, y a él de mucho daño, y aunque por haber los calvinistas comenzado a asistir a los bohemios y estar su Estado en parte más segura pudiera comenzar, no ha sido posible persuadirselo» (1). Las cosas de Bohemia seguían su curso, habiendo recibido refuerzos de Ernesto de Manfeldt, que sitiaba a Pilsen, lugar de atracción de aventureros; así Tomás Wilter, soldado de reputación, que había servido en Flandes y por amotinado se pasó a los holandeses, venía con 500 caballos para servir a quien mejor pagara; «si se pudieren hallar aquí medios, le procurará el Emperador atraer a su sueldo». Consiguió Oñate, después de porfiado empeño, en varias despachos contenido, la investidura del Final, «la cual ha surtido tan buen efecto—decía en comunicación del mismo día del anterior—, que el Emperador me ha enviado decir se contenta de dar a Vuestra Majestad graciosamente la investidura del Final y de todos los feudos que vacaron por el último Marqués hubo alguna dificultad en incluir la línea femenina de Vuestra Majestad».

Tamaña generosidad motivó de parte de Oñate correspondencia adecuada y aunque sin orden para ello, en compensación del alivio económico que representaba la concesión graciosa de la investidura, se ofreció a tomar a sueldo de 1.000 a 1.500 hombres del Friul, que importaban 14.000 o 15.000 feudos cada mes y dar la primera paga a 2.000 hombres que el Emperador recibía a sueldo, cuyo coronel era el Conde Oto Fúcar; «también me he prendado en hacer algunos presentes a estos ministros, que todos han mostrado deseo de servir a Vuestra Majestad».

Los bohemios pidieron la paz con un correo que llegó a Viena con embajador del Duque de Sajonia, luego llegaron los comisarios de Moravia, y con ellos otra carta de los bohemios; el Emperador envió un embajador a Sajonia para tratar del caso. «No obstante que aquí se desea mucho la paz y que se puede creer que el de Sajonia la trata sinceramente, no me parece verosímil se hará hasta que las cosas de los católicos se pongan en estado que causen miedo a los protestantes, de los cuales dependen los bohemios, porque según lo que se puede juzgar, a los calvinistas les parece buena esta ocasión para romper la guerra universal con los católicos, o por lo menos quieren, sin declararse de todo punto, mantener la de Bohemia, hasta que sobrevenga el interregno en que disponer las cosas a su modo. No obstante que yo hago los oficios que puedo para que los Príncipes eclesiásticos se junten, y ahora está tratando de ello el Obispo de Spira, respecto a la condición de estos Príncipes me parecía necesario que el Papa, por medio de los Nuncios que tiene en Alemania o de algún extraordinario, procurase con eficacia moverlos, animándoles también con su ejemplo y porque he sabido que la causa que detiene a Su Santidad es haberle per-

(1) Viena, 30 de septiembre de 1618. (Después de cerrado el despacho anterior.)

suadido de que si se declaraba mucho en este negocio irritará a los protestantes, tendría por conveniente que Vuestra Majestad le mandase desengañar, mostrándole que la intención de los calvinistas es de extirpar la Religión católica, y que ya lo van haciendo descubiertamente y que el diferir el remedio no mengua el daño, antes le va haciendo irremediable.»

«El Emperador sufrió un nuevo accidente el 3 de octubre, que dió mucho cuidado a los médicos, porque tocó algo en apoplejía; fué Dios servido que con unos vómitos y otros remedios que le hicieron se librase luego del peligro, mas por muchos días le quedó cargada la cabeza y algo ofendida la memoria.» El Archiduque Maximiliano estaba también achacoso con algún principio de hidropesía; al venir a Viena, trataron de los alimentos del Rey Fernando con sus hermanos, para después de la muerte del Emperador; pidió el Archiduque Leopoldo la Alsacia y el Tirol, pero no accedió el Rey, aunque le ofreció tantos alimentos como se dieron al principio, al Archiduque Maximiliano no se concertaron, y partieron de Viena Sus Altezas.

El 28 de octubre, por la noche, tuvo el Archiduque Maximiliano una fluxión de catarro al pecho, que juzgaron los médicos tan peligroso, que le aconsejaron recibiese el Viático; mejoró luego, creyéndole casi libre el 31, pero aquella noche le repitió el accidente y amaneció el 1.º de noviembre tan mal, que recibió la Unción, desconfiando los médicos de salvarle; «este día, sabiendo que yo estaba en su antecámara, me mandó llamar, y porque tenía alguna dificultad en hablar italiano, por medio del Rey, que estaba presente, me dijo besase a Vuestra Majestad las manos de su parte, y le pidiese continuase siempre en la protección de su Casa; el mal le fué apretando de manera que a los 2, a las cinco horas de la mañana, fué Dios servido de llevarle para Sí. Su Alteza sufrió el mal con mucha constancia, y murió con tanta conformidad y tan santamente como había vivido, durándole el sentido casi hasta que expiró» (1).

La muerte del Archiduque Maximiliano y del Marqués de Burgaut, ocurrida el 31 de octubre de 1618 en Hiberling, daba al traste con los proyectos de Liga Católica; Bruneo, el Secretario de Oñate, fué a persuadir al Elector de Maguncia la convocatoria de un convento de los Príncipes católicos, y pasó por Baviera a dar cuenta al Duque Maximiliano, de aquél seguía recelando el Embajador que, por miedo a sus vecinos y a gastar sus dineros, patrocinara la neutralidad (2). Si el Elector de Maguncia adoptaba una actitud favorable, «espero en Dios que encuadernará la Liga; si esto no se pudiera conseguir, la necesidad obligará a los católicos a seguir el ejemplo del círculo bavárico, para juntarse entre sí y prevenirse de manera que estén con menos peligro y contengan a los protestantes» (3). La

(1) Viena, 21 de octubre de 1618.

(2) Viena, 4 de noviembre de 1618.

(3) Viena, 28 de noviembre de 1618.

salud de la Emperatriz era en aquellos días muy mala; a fines de noviembre de 1618 le apretaron sus achaques, «de manera que los médicos temen no durará muchos meses, y todos el efecto que podría causar en Su Majestad este suceso». No se cumplió el plazo previsto, pues «a 14 del pasado (diciembre), a las ocho de la mañana, después de haber recibido los Sacramentos con mucha devoción, fué Nuestro Señor servido de llevar para Sí a la Emperatriz. Su muerte fué tan ejemplar como había sido su vida, y el Emperador lleva este trabajo con su ordinaria moderación. Ha tenido Su Majestad un accidente de que estuvo tres días apretado, y como el sujeto es tan delicado, poco basta para esto; queda mejor, a Dios gracias, si bien su mismo médico no nos da largas esperanzas» (1).

La Corte de Viena fué la colocación acostumbrada para los himeneos de nuestras Infantas, en reciprocidad ordenada con la de Madrid; por eso Felipe III seguía con interés los posibles consorcios del Rey Fernando y de su hija mayor; contestando a una carta de Madrid de 18 de noviembre del año 18, decía Oñate: «De los casamientos del Rey Fernando y de su hija mayor, es que él desea casarla con el Príncipe de Inglaterra, esperando con este medio tener por menos odiosos a los calvinistas en el Imperio, y principalmente pareciéndole que asegura el casamiento de la Señora Infanta para el Señor Archiduque Juan Carlos, su hijo mayor. Si con esto se le pudiese dar alguna esperanza, no tendría por difícil el persuadirle a que diese una de sus hijas al Príncipe del Piamonte; si Vuestra Majestad fuese servido que esta plática se proponga, sería conveniente ordenar a Don Hernando Girón me avise de lo que hubiere en el casamiento del Príncipe del Piamonte con la hermana del Rey de Francia, por no embarcar la Real autoridad de Vuestra Majestad en cosa incierta.» Respecto al matrimonio del Rey con una hija del Duque de Saboya, no mostró inclinación, aunque esperaba Oñate que, dejándolo para después de las revueltas, y mostrando la intención del Rey en ello, accedería el de Bohemia. No salía el de Saboya bien librado de la opinión de Oñate: «Si bien el Duque de Saboya ganaría tanto en estos matrimonios, me persuado de su condición pretenderá venderlos por servicio y sacar de Vuestra Majestad los dotes» (2).

El Duque Alberto, primogénito de Baviera, tuvo un hijo, y al darle el cumplimiento por ello el Embajador, quien envió a un secretario a Munich, «al agradecer con corteses palabras la fineza, se atrevió a sacarlo de pila en nombre de Su Majestad, valiéndose para ello de la licencia concedida cuando nació su sobrina, que no se ejecutó entonces por ser hembra»; al avisarlo aquél, lo verificaba así porque, «al estilo de acá», haría un presente al recién nacido Su Majestad. Esas noticias cortesanas alternan con las del movi-

(1) Viena, 1 de enero de 1619.

(2) Viena, 10 de enero de 1619.

miento en Bohemia. Pilsen, villa heroica, estaba sitiada por Ernesto de Mansfeld; «los sitiadores llamaron al capitán que la defendía a la muralla, y contra la palabra dada, le tiraron algunos mosquetazos, de que murió, con que se rindió la plaza, haciendo lástima que tan fieles vasallos se hayan perdido, introduciéndose allí la secta luterana y calvinista, que jamás las había habido»; ocurría eso el 21 de noviembre de 1618. De ello daba cuenta el Embajador en la misma fecha de los anteriores despachos, cuyo retraso explicaba por tener tomados los bohemios los pasos, de manera que las cartas pasaban con mucha dificultad. La caída de Pilsen permitió a Mansfeld enviar refuerzos a Thurn, que pudo exterminar a Bucquoy, después de su derrota junto a Budweis, en cuya plaza se encerró, marchando el enemigo a Austria, llegando sus destacamentos a algunas millas de Viena. Sin embargo, las negociaciones no escaseaban y eran tantas como activa, la campaña guerrera. Moravia permanecía neutral, y gracias a la lealtad de Carlos de Zierotin, pudo Matías acabar sus días tranquilo en la capital del Imperio.

No era tan fácil encuadernar la Liga, según el término grato al Embajador, como parecía y exigían las circunstancias. «Los Príncipes católicos del Imperio, con los oficios del Emperador y los que yo he hecho en el Real nombre de V. M., se miran inclinados a ayudar a S. M. Cesárea si se encuadernase se podrían esperar asistencias considerables, por principio ha dado el Círculo de Baviera doce meses de contribución, que montará cosa de 100.000 feudos, y ofrecen de darlo en dinero o en gente, a elección del Emperador, y sin duda este socorro y alguna gente que el de Baviera ha levantado en nombre de su Círculo, da reputación a las cosas del Imperio y ánimo para seguir este ejemplo.» El Elector de Maguncia también siguió el ejemplo y dió diez meses de contribución, rasgo digno de tenerse en cuenta, dada su afición al dinero, repetidamente señalada en los despachos de Oñate. La inclinación a la paz era extendida y difícil de prever, aunque, dadas las circunstancias, no sería ventajosa; pero el partido a seguir por nuestro Embajador era enojoso «por las apretadas órdenes que tengo para procurarla y los pocos medios para asistir a la guerra». Terminaba el despacho con una visión clara de los sucesos posteriores, al insistir con el Rey Felipe III sobre la necesidad de los socorros en el caso de no concertarse la paz, dada la confianza de los Príncipes católicos y del Duque de Baviera en él. «El Emperador pide que V. M. haga el último esfuerzo, y así parece necesario que V. M. mande consultar cuál será más conveniente para su Real servicio, o dejar perder estas provincias, o enviar aquí un ejército de quince a veinte mil hombres que lo acaben y porque esto se ha de ver de aquí a fin de abril, me ha parecido ponerlo luego en consideración de V. M. para que haya tiempo de resolver lo que convenga y enviar las órdenes.»

Contribuía, además, al peligro la salud del Emperador, a quien repi-

tieron los cólicos, dejándolo muy extenuado, a principio de enero. «Entenderá V. M. el trabajoso estado que tiene la salud del Emperador y como se puede temer brevemente algún mal suceso, juzgo por obligación de este cargo suplicar humildemente a V. M. mande considerar la confusión y peligro en que quedarán todas las cosas de Alemania; yo no ceso de hacer cuantas diligencias puedo para que los Príncipes católicos restauren su Liga y si ésta no se pudiese universal, se junten los del Rhin por una parte y los del Danubio por otra, para contrapesar en alguna manera los protestantes y asegurarse de una jurídica elección y de las violencias que pueden temer de los vicarios y si bien espero que la misma necesidad los ha de obligar a hacer algo». Ponderaba luego lo preciso de la instrucción para prevenir acertadamente los acontecimientos, fueran de cualquier índole; «bien veo que para las muchas partes a que V. M. ha de acudir, es de gran embarazo y mucha costa cualquiera de estas cosas, mas el negocio es muy grande; no se puede esperar buen suceso si no es con medios proporcionados a la necesidad» (1). Ya en aquellos días, y en despacho de la misma fecha, emitía la especie, luego acreditada, que con los preparativos de paz se diferían las prevenciones para la guerra y que el Palatino tenía miras sobre el Reino de Bohemia. El elemento principal para la restauración de la Liga era el Obispo de Spira, de quien se valía el Conde de Oñate, empleándolo constantemente. Temía el Prelado que los calvinistas destruyeran su diócesis y aun su persona, y pedía al Rey se sirviera ratificar con su Real nombre su ofrecimiento, para el caso en que todo sucediere mal (que Dios no quiera) le daría una silla en sus Reinos, donde pudiera con descanso vivir. La dirección del Círculo del Rhin, para la que proponía al Archiduque Alberto, evitando que todo recayera en el Duque de Baviera, quien haría sombra al Rey Fernando, aun en el caso de ser Emperador, exigía que Felipe III le escribiera indicándoselo; para el mando de las armas proponía al Duque de Neoburg, «celantísimo de la Religión y muy vigilante y atento a los negocios». Las gestiones tan repetidas de nuestro Embajador en favor de la Liga Católica daban resultado; el Secretario Bruneo, enviado al Obispo de Spira, consiguió una reunión con el Elector de Maguncia, cuyo resultado fué un convento en Mesel Superior, de los tres Electores eclesiásticos y algunos Obispos renanos; eran los puntos sustanciales de los reunidos: socorrer al Emperador y restaurar aquélla (2).

Era eso un paso muy seguro para lograrlo, pues el deponer los convocados sus miras particulares había de facilitar grandemente la solución de una cuestión de vital importancia para la causa católica, de persistente gestión por Oñate en su amor a la Casa de Austria y al servicio de su

(1) Viena, 10 de enero de 1619.

(2) Viena, 21 de enero de 1619.



Corte. La salud del Emperador le preocupaba de nuevo. «El Emperador anda cayendo y levantando con sus achaques, mas no ha estado de manera que yo haya podido darle las Reales cartas de Vuestra Majestad del pésame de la muerte del Archiduque Maximiliano y gracias por la investidura del Final; hame respondido que las quiere recibir de mi mano» (1).

No descuidaba el Embajador, a fuer de persona completa, a los que servían a sus órdenes, obligación muy debida por quienes desempeñan cargos superiores, tanto más de estimar, cuanto suele ser poco frecuente su observancia y en medio de tan graves ocupaciones, aprovechaba la ocasión para decir a Felipe III: «Cuando llegué aquí, encargué la Caja de Vuestra Majestad a Luis de Ocio, hidalgo honrado de mi tierra, que se ha criado en mi casa, y le señalé 10 escudos de a 90 taleres de sueldo, que es el mismo que tenía otro criado de D. Baltasar de Zúñiga; con esta ocupación ha dado muy buena cuenta en la que se le ha tomado hasta fin del año pasado. Él pretende se le haga refacción del medio por ciento por los daños y mermas de la ruin moneda en que se cobra, y que Vuestra Majestad le mande señalar sueldo proporcionado al trabajo que tiene y al que se suele dar a las personas de quien se hace esta confianza» (2).

Los levantamientos de los herejes y la recelada protección de Francia daban actualidad a la cuestión de Alsacia. Cuando Felipe III renunció sus derechos, se reservó el obtener la debida compensación, y ahora pretendía se le concediera ocupar Alsacia, por deseárselo los Príncipes católicos de aquellos contornos y porque facilitaría mucho la capitulación pública de ponerla en manos del Archiduque Alberto. Ello suscitaba varias dificultades, que reducía a cuatro el Embajador: los celos de Francia, los de los protestantes al ver allí fuerzas de Su Majestad Católica, la voluntad del Rey Fernando y las pretensiones del Archiduque Leopoldo y su hermano Carlos sobre ella. No discurría mal el Embajador al proponer el medio más adecuado para salir adelante en la empresa, que la Liga Católica pidiera al Archiduque Leopoldo pusiera en Alsacia el presidio que pedía el Elector de Maguncia y que el Archiduque Alberto, en compensación del Archiducado de Austria, solicitara la provincia de Alsacia por sus días, debiendo llegar ambas propuestas al mismo tiempo a Viena. Le darían cuenta al Conde de Oñate, y hablando claro con el Rey y el Barón Eckemberg, que conocían el secreto, les propondría se diese satisfacción al Archiduque Alberto, dándole por sus días la Provincia, cargándose la pensión del presidio a Su Alteza, que no pasaría de 2.000 hombres.

Con ello se daba satisfacción a la Liga Católica. Francia, aunque sospechase la maquinación, procedería más lentamente, teniendo esperanza de

(1) Viena, 6 de febrero de 1619.

(2) Viena, 12 de febrero de 1619.

que, sin su ayuda, no quedaría aquella provincia en poder de España. Los protestantes no se moverían viendo en pie la Liga Católica, y la voluntad del Rey Fernando sería más fácil y el Archiduque Leopoldo presentaría menos dificultad dejándole el gobierno de la Provincia y de la gente de guerra de la misma (1). El 3 de febrero resolvió Felipe III, según carta de ese día, que llegó a Viena el 27, socorrer al Emperador y como la noticia era grata, exigía se comunicase personalmente; no pudo hacerse aquel día «por haberse purgado éste, y el 28 lo recibió en la cama porque estaba harto débil»; le dió la carta de Madrid y como en ella hábilmente se le encargaba, trató del socorro, pero no de su cuantía; ponderó su importancia y las cosas que se posponían a ello, así como el amor y afecto de Su Majestad. «Mostró el Emperador agradecer y estimar mucho todo esto, y dando por ello muchas gracias a Vuestra Majestad, remitió el tratar las particularidades a sus consejeros, que vinieron luego a mi casa» (2). La cuestión de la Valtelina, en la que intervinimos respondiendo al llamamiento de los católicos de aquel país, oprimidos por los grisonos, se inicia en los días de la embajada de Oñate. Sorprende en nuestros tiempos de veloces y ágiles comunicaciones, la importancia que tenía en tiempo en que aquéllas eran escasas y difíciles uno de los contados pasos que facilitaban el tránsito del Milanesado con Alemania, poniendo en contacto los dominios españoles del Norte con los del Mediodía. Por eso Oñate, al encarecer en su despacho la protección al Obispo de Coyra y a los desterrados, cooperando a sus fines, como lo verificó al año siguiente el Duque de Feria, vislumbraba la importancia de la ocupación, por «cuanto facilitaría, en caso de necesidad de venir la gente de Italia, el tener Vuestra Majestad a su disposición el paso de la Valtelina».

El 20 de marzo de 1619 murió el Emperador; se debió la muerte a un accidente de apoplejía tan vehemente, que le acabó a las nueve de la mañana, habiendo recibido pocos días antes los Sacramentos. A estas concisas frases se reduce la noticia del Embajador, quien demostraba claramente la actitud de su espíritu, más previsor que compungido, al añadir con este aviso: «despacho este correo por Flandes; yo le daré a todos los Príncipes católicos para que se prevengan para los movimientos que este accidente podría causar en Alemania, de que hasta ahora no se ha podido hacer juicio» (3). La realidad se encargó de demostrar cuánta verdad encerraban estas frases y cómo encontró Fernando II la oposición protestante que le dificultó la elección imperial. Logróla al cabo de los cinco meses de la muerte de su primo (28 agosto 1619), suscitando ese hecho la ruptura definitiva en la

(1) Viena, 13 de febrero de 1619.

(2) Viena, 14 de febrero de 1619.

(3) Viena, 20 de Marzo de 1619.

rivalidad del Elector Palatino Federico V, que inicia el período conocido con su nombre en la guerra de los Treinta Años, victoriosamente encauzada por el nuevo Emperador como premio a su fe y entereza. Pero la prolongación de la lucha, la aparición en ella del genio francés, encarnado en el gran político Armando Duplessis, cuyo postulado fué el abatimiento de la Casa de Austria, determinan las incidencias tan conocidas de la guerra, en la cual nosotros servimos siempre por solidaridad de familia y de ideales la causa del Imperio, sin cuidarnos de ventajas materiales ni de oportunismos provechosos, poniendo a su servicio las energías de la raza, verdaderamente impercederas, como el alma inmortal que las infundía.

HE DICHO.

APÉNDICE

APÉNDICE

Salazar y Castro, en su magistral obra *Historia de la Casa de Lara*, Madrid 1695, se ocupa del Señor de Salinillas, Conde consorte de Oñate, en el tomo II, págs. 91-93. A sus datos nos referimos en el texto, si bien damos la fecha de 1572, y no la del siguiente, que Salazar le asigna como de su nacimiento, por no ser exacta. En el expediente de ingreso en la Orden de Santiago de D. Iñigo se contiene su partida de bautismo, que dice así:

«Día de señor Sant Andrés baptizó Joanes de Lasarte clérigo a don Yñigo hijo de don P.^o Vélez y de doña Mariana de Tasis, del qual fueron padrinos don J.^o de Tasis y doña Catalina su abuela, muger del Correo mayor, y porque es verdad lo firmé de mi nombre.—J.^o López Cençano, cura.—Fueron abogados Sant Andrés y Santiago y Sant Pedro.» A. H. N. Ordenes militares. Santiago. Expediente 3.671; f.^o 33 vuelto.

Un retrato que puede ser del Conde se conserva en la Colección del Instituto de Valencia de Don Juan, según lo describe el erudito Subdirector del Museo del Prado, Dr. Sánchez Cantón en el *Catálogo de las pinturas del Instituto de Valencia de Don Juan*, Madrid, 1923. Página 38.

Pertenecía el Conde D. Iñigo a la línea de los Señores de Salinillas, formada en la descendencia de los primeros Condes de Oñate (merced de Enrique IV en 1469), D. Iñigo de Guevara y D.^a Juana Manrique, para que se vea más claramente, formamos el siguiente árbol genealógico:

D. Iñigo de Guevara, I Conde, y D.^a Juana Manrique, hermana del I Duque de Nájera.

D. Víctor de Guevara. † antes que su padre. D.^a Juana Manrique, hija del I Duque de Nájera.

D. Pedro Vélez de Guevara, II Conde de Oñate. D.^a Mencía de Velasco, hija del II Duque de Frías.

D. Pedro Vélez de Guevara, Señor de Salinillas. Defensor de Logroño en 1521. Fundó el Mayorazgo de su Casa con Facultad Real de Carlos V. Valladolid, 12 octubre 1537. D.^a Juana de Acuña, hija del Conde de Valencia de Don Juan.

D. Ladrón Vélez de Guevara, III Conde de Oñate. Casó: 1) D.^a Juana de Guevara, hija del Señor de Salinillas, s. s. 2) D.^a Catalina del Río, hija del Señor de Almenar Antón del Río, el Rico.

D. Iñigo Vélez de Guevara, II Señor de Salinillas. D.^a María Manuel de Fonseca, de los Señores de las Tercias de Toro.

D. Pedro Vélez de Guevara, IV Conde. D.^a Ana de Orbea, Señora de la Casa de Orbea, en Eibar.

D. Pedro Vélez de Guevara, III Señor de Salinillas, Comendador de Mirabel. D.^a Mariana de Tasis, hija del Correo Mayor, hermana del I Conde de Villamediana.

D.^a Catalina Vélez de Guevara, V Condesa de Oñate. † en Turín 1607. Casada con D. Iñigo Vélez de Guevara y Tasis, IV Señor de Salinillas.

D. Diego Vélez de Guevara, VI Conde. † s. s.

D. Juan Vélez de Guevara, VII Conde. † s. s.

D. Iñigo Vélez de Guevara, VIII Conde de Oñate y II de Villamediana. Embajador en Roma. D.^a Antonia Manrique de la Cerda, hija de los Marqueses de Aguilar de Campoo.

D.^a Catalina Vélez de Guevara y Manrique, Marquesa de Campo Real. Casó con su tío (hermano menor de su padre) D. Beltrán Vélez de Guevara, Caballero de Alcántara, Virrey de Cerdeña. † en 1652. Segunda vez con Ramiro Núñez Felípez de Guzmán, II Duque de Medina de las Torres, siendo ella IX Condesa de Oñate.

D. Iñigo Vélez de Guevara, X Conde de Oñate, Caballero del Toisón, con D.^a Clara Luisa de Ligne, en 1666, hija de los Príncipes de Ligne.

D. Diego Vélez de Guevara, XI Conde de Oñate. † sin posteridad el 10 de marzo de 1725.

A su muerte pasó a la familia Guzmán, Marqueses de Montealegre, por el matrimonio de su única hermana, D.^a Melchora Vélez de Guevara, en 1708, con D. Sebastián de Guzmán y Spínola. El Marqués de Montealegre fué hijo de D. Martín de Guzmán y de D.^a Teresa Spínola y Colonna, de la Casa de los Balbases, Marqueses de Montealegre y de Quintana del Marco, vivieron en Madrid en las casas del Marqués de Valparaíso de la calle de Cedaceros, que tomaron a censo, previa Real Facultad de 28 de noviembre de 1684, por 12.000 ducados de plata, cantidad que había menester Valparaíso para saldar sus deudas en Flandes, adonde sirvió a Su Majestad lucidamente, pero donde estaba detenida la Marquesa Doña Francisca Howard, de la Casa de Norfolk, hasta su liquidación. Murieron los Marqueses de Montealegre el 15 mayo 1722 y 29 febrero 1723, respectivamente, marido y mujer, renunciando sus hijos la herencia paterna y reclamando la satisfacción de la dote de su madre; surgió pleito con los acreedores del Marqués, que falló el Alcalde de Casa y Corte D. Lorenzo

Folch de Cardona el 14 de julio de 1730, adjudicando a los hijos de la Marquesa D.^a Teresa Spínola los 989.650 reales que aportó de su dote (1).

En la descendencia de los Montealegre se conservó el título de Oñate hasta D. José de Guzmán y de la Cerda, por cuya muerte sin sucesión pasó a la familia Zavala, de origen eibarrés, en Lima, que ilustró el primer Marqués de Sierra Bullones, cuyo biznieto lo ostenta actualmente con el legendario Ducado de Nájera de los históricos Manriques.

Los Guevaras y el Señorío de Oñate.

Repetidas veces intentaron los vecinos de Oñate, durante los siglos xv al xvii, eludir el Señorío de los Guevara. No aparece en los pleitos citados la concesión del Señorío, y se justifica éste por varios documentos; es, acaso, el más interesante el perdón concedido por D. Beltrán de Guevara a sus súbditos en 1389:

«Merced e mysericordia e perdon son bondades que señaladamente deben aber en sí los Reys y los otros grandes señores que an de judjar e mantener las tierras para perdonar a los sus naturales los yerros con que cayeren ca como quier que la justia sea muy alta virtud y muy buena en sí e los Reys y los otros grandes señores las deben mucho amar pero façen muy cruel los Reys y los otros grandes señores quando a las debengadas la justia no la templan con la misericordia ca segun dixo el Rey Dauit entonzes es el Señor bien mantenido con su pueblo quando la caridad y misericordia se halla en uno e la paz e la justia se abraçaren e quando desta gracia los Reys y los otros grandes señores se leuaran (sic) con los sus naturales serles han como el padre que cría a sus hijos con temor de castigo con piedad e los sus naturales amarles han mucho mas a los Reys e a los otros grandes señores quando bieren que los han piedad y doliendose dellos los perdonan algunas penas que con derecho les podrían dar por ende yo don beltran velez de guebara señor de la tierra de oñate abia sabido por cierta denunciaçion e pesquisa que muchos de los mis basallos e naturales de la mi tierra e señorío de oñate abieron fecho contra mí ayuntamientos e monipodios e conspiraçiones en deshonra mía e de mí señorío e ordenaron entre sí confradías vedadas façiendo statutos e posturas en vno en la dicha mi tierra obligandose so ciertas penas los vnos a los otros de guardar e tener las hordenanças malas por ellos fechas e de no se partir ni falleçer los vnos a los otros façiendo entre sí pleyto e omenaje e jurandolo assí al cuerpo de Dios non pudiendo con derecho los dichos mis vasallos façer statutos ni hordenanças algunas que buenos fuesen sin liçencia y autoridad e mandamiento expreso de mí el dicho don beltran su señor natural de la dicha tierra quanto mas que las dichas confradías e hordenanças que los dichos mis basallos e naturales de la mi tierra de oñate entre sí fiçieron fueron muy malas e feas e dañosas en denuesto e desonrra dellos mismos e en perjuiçio de mí estado en con menoscauo de mí señorío e de la mi tierra

.....

por las quales confradías e ayuntamientos e hordenanças vedadas que los dichos mis basallos de la dicha mi tierra e señorío de oñate contra mí trataron meresçían por ello morir por justia muerte de traydores e que todos sus bienes fuesen confiscados e debidos a mí en pero por quanto yo el dicho don beltran estando para pronunçiar mi sentençia e para proçeder criminalmente contra los dichos mis basallos de oñate e contra sus vienes

(1) A. H. N. Cons. Leg. 4.216.

en la manera que dicha es por raçon de los dichos maleficios por ellos cometidos en este comedio yo el dicho don beltran fuí rrogado muy afincadamente por doña mençia de ayala mi muger e por doña ysabel mi fixa muger de pero belez mi fixo y por juan lopez de gamboa mi e por otros muchos caballeros e escuderos a quien yo soy muy tenido e por quanto estos dichos mis vasallos conoçiendo el su pecado e la culpa e horror en que contra mí avían caydo parecieron ante mí con grand homildad (sic) los hinojos fncados con sus mugeres e con sus fixos demandando mi perdon.
esta carta de perdon fué dada e fecha en la dicha tierra de oñate en la plaça que es delante del monesterio de sant miguel de la dicha tierra de oñate a siete días de junio año del nascimiento del nro salvador Jhuxpo de mill tresçientos e ochenta e nueve años» (1).

De D.^a Constanza de Ayala, viuda del Señor de Oñate, hijo de D. Beltrán, es el documento siguiente:

«Fixosdalgos e omes buenos del señorío de oñate, yo doña constança de ayala muger de don pedro de guevara que Dios perdone madre e tutora de don pedro belez de guevara mi fixo, vos fago sauer que martin ochoa de araoz escriuano del rey fixo de ochoa martinéz de araoz me pidió por merced el y asimismo sus parientes que le diesse licencia e mandamiento para que vsasse del oficio de la escriuanía [que] ay en oñate y en toda su tierra de mi fixo e yo otorguégelo por ruego del y de sus parientes para que vos ruego e mando que desde aquí adelante que lo ayades por vuestro escriuano e vsedes con el en todas las cossas que pertenezcan en el dicho oficio según vsades con los otros escriuanos ca yo le tomé aca el juramento que sobre este oficio de la escriuanía deue fazer e por esta carta mando que vsse del dicho oficio en oñate y en toda tierra de mi fixo don pedro belez e que ninguno ni alguno no sea en contra desto so pena de la mi merced e de seisçientos maravedis e porque dello seades çiertos dile esta carta firmada de mi mano e sellada con el sello de mi fixo don pedro belez, fecha a veynte y ocho días de nouiembre año del Señor de mil quatroçientos e veinte y seis años. doña costança.»

Y contrastando con la recia oposición vasallal es la carta que sigue, desgraciadamente sin fecha, pero de indudable interés para la historia del Colegio de Oñate, fundación del Obispo de Avila Mercado:

«Muy illustre señor con el alcalde passado e martin lopez de hernani que embiamos a vesar las manos a V. S.^a reçeuimos una carta suya y otra con pedro saez de mercado por las quales las manos de V. S.^a besamos mas de mil vezes y en quanto toca y nos embía a mandar pongamos toda diligencia para que el fecho del colegio baya adelante alla escriuimos al señor obispo muy largo y tambien ofreçendonos en todo lo que podemos e pues V. S.^a se ofreçe oy suplicamos a V. S.^a mande tener especial cuydado para que esto benga a luz y comunicar con el señor obispo pues todo es en seruiçio de V. S.^a y así mismo nos haga merced que si el señor obispo pidiere algun sitio o sitios para la cassa V. S.^a tenga por bien de conçederle todo lo que fuere posible porque hallende que V. S.^a sea seruido dello para nosotros sera gran merced y lo que sobre todo suplicamos a V. S.^a es que como nos escriue por sus cartas su benida sea con breuedad pues a tanto tiempo no nos a bisitado y la boluntad y deseo es tan creçidos de su vista y con tal esperanza çesamos pues miguel perez de hernani alcalde ba allá sobre todo al qual de nuestra parte se dé entero crédito, nuestro señor la muy yllustre persona de V. S.^a guarde con acreçentamiento de mas señorío como por V. S.^a es deseado en crehençia ba la presente firmada de nuestro escriuano fiel deste su condado a los XXX de abril, por mandado del concejo, alcalde e regimiento de la villa de oñate de V. S.^a muy çierto seruidor que las muy illustres manos de V. S.^a besa juan de marulanda.»

(1) A. H. N. Cons. Leg. 36.181.





SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE DISCURSO EN LOS
TALLERES DE LA TIPOGRAFÍA CATÓLICA, DE
ALBERTO FONTANA, SITOS EN MADRID,
CALLE DE SAN BERNARDO, NÚM. 7,
A LOS 20 DÍAS DEL MES DE
SEPTIEMBRE DEL AÑO
DEL SEÑOR DE
MCMXXIX.